

...rale ...
...ma'e ...
...itua ...
...mum ...
...toam ...
...román ...
...on ...
...dame ...
...oma ...
...avinda ...
...erame ...
...cho ...

Cuentos

PRINCIPE DE ASTURIAS 40

Cuentos

PRINCIPE DE ASTURIAS 40

ELDA 1990

SECCIÓN DE PUBLICACIONES DEL AYUNTAMIENTO DE ELDA

CASA MUNICIPAL DE CULTURA

Diseño portada: Maite Carpena

Ilustraciones: Carmen Pérez, Maite Carpena, José Luis Bazán, Foncho, Yolanda Pérez, Miguel Ángel Maestre, Juan Martínez Lázaro, Patrocinio Navarro, Carmen Castaño, Ramón Molina, Luis Torroba, Anaya

Coordinación de la edición:
EMIDESA. Empresa Municipal de Información, S. A. Jardín de la Música, s/n. 03600 ELDA

Fotocomposición: ESPAGRAFIC.
Alicante

Impresión: GRÁFICAS VIDAL LEUKA,
S. A. Alicante
I. S. B. N.: 84-505-9365-4
Depósito Legal: A-442-1990

No me contéis más cuentos,
que vengo de muy lejos
y sé todos los cuentos.
No me contéis más cuentos.

PRE SEN TA CIÓN

En Diciembre del 84, cuando se convoca por primera vez el Premio de Cuentos «Príncipe de Asturias, 40», pretendíamos crear un espacio donde se pudieran instalar todas aquellas personas que se movían dentro del complejo campo del cuento, de la narración corta, pues nos parecía que esta forma de expresión había quedado relegada al mundo de lo infantil.

Queríamos recuperar y fomentar esa tradición que de forma tan sabia habíamos heredado de escritores tales como Quiroga, Cortázar y Borges, entre otros.

A lo largo de seis ediciones, cientos de relatos han concurrido a nuestro Premio, de todos ellos sólo doce, los doce premiados, integran esta publicación. Cuando surgió la idea de editarlos pensamos que cada uno de los trabajos podía ilustrarlo un pintor de la zona y he aquí el flamante resultado.

Por último, sólo nos resta agradecer desde estas líneas su valiosa colaboración a todos los que han hecho posible este libro y desear el disfrute de su lectura.

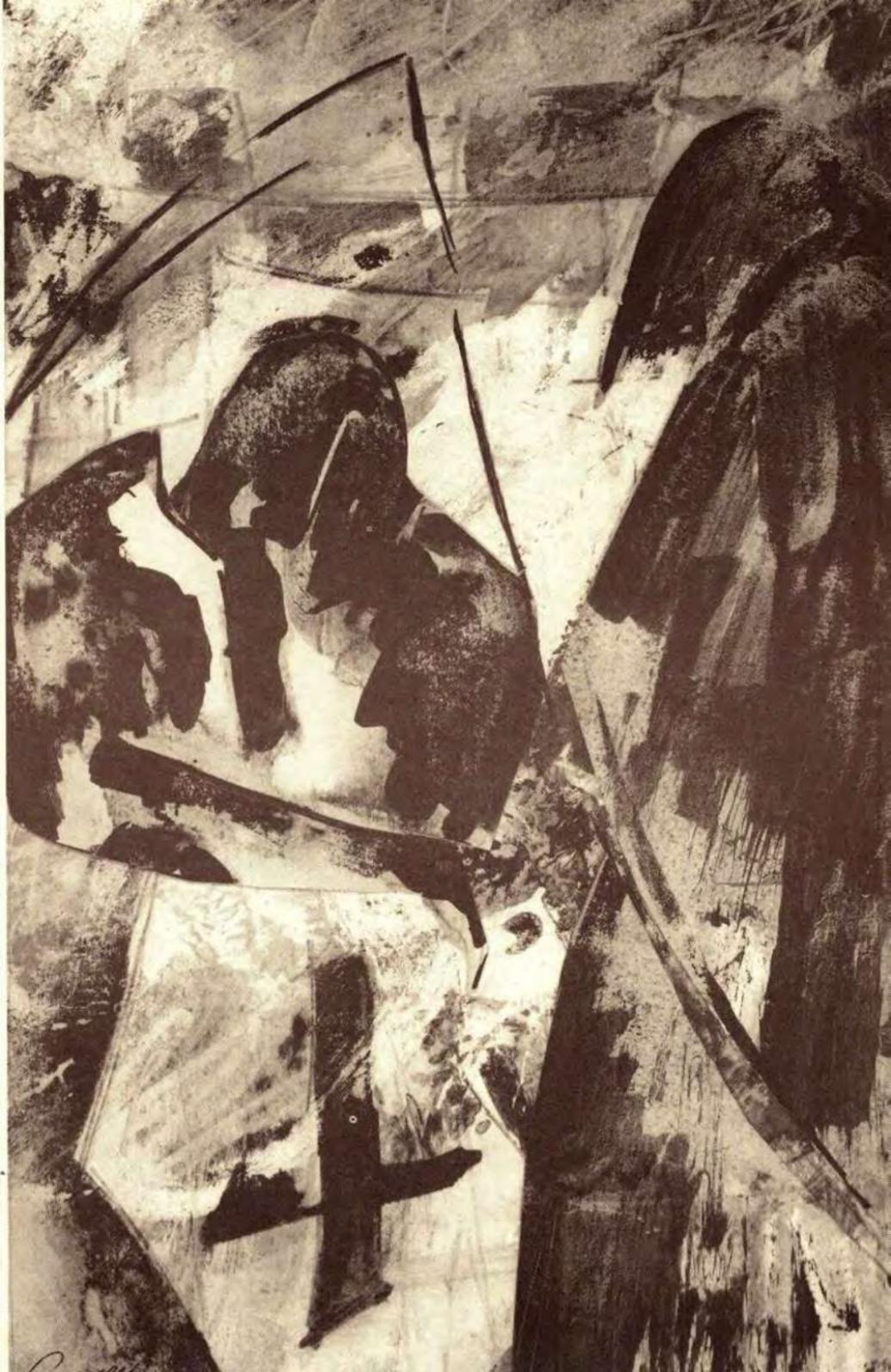


Ilustración: CARMEN PÉREZ

JOSÉ ANTONIO PANERO

Nació en Ponferrada (León), en 1952. Es profesor de EGB y licenciado en Filología Hispánica. Trabajó durante 5 años en la R. F. A. con los hijos de los emigrantes y como profesor de español en la Universidad Popular de Lindau am Bodensee (Baviera).

En 1977 se casó en Roma con una doctora en Psicología Clínica. El matrimonio tiene dos hijos.

Quienes alguna vez han tenido cerca a J. A. Panero sólo le conocen tres pasiones: su familia, los viajes y la escritura.

Desde 1981 reside en Elda, en uno de cuyos colegios públicos trabaja.

Ha obtenido, entre otros de menor importancia, los siguientes galardones literarios:

- Premio «Ciudad de Ponferrada» (1980)
- Premio «Epifanía en las Ondas» (1983)
- Premio «Villafranca del Bierzo» (1984)
- Premio «Semana Internacional de Cine Naval y del Mar» (1984)
- Premio «Casa de Galicia en León» (1984)
- Premio «Antonio Machado» (1985)
- Premio «Cuentos de Invierno» (1986)
- Premio «El Barco de Vapor» (1987)
- Premio «C. C. E. I. al Mejor Libro Infantil» (1989)
- Premio «Centenario Caja de Badajoz» (1989)

VIRGO POTENS

José Antonio Panero



A ver quién me debe a mí este muerto. Voy a arrastrarlo sobre la conciencia por los siglos de los siglos. Si Dios Nuestro Señor no lo remedia, se me van a aflojar los sesos, me creo yo que se me van a hacer agua los sesos si sigo mucho tiempo así. Aunque mejor sería, y acabar de una vez con la memoria.

El que ya no sufre es él. Míralo. Parece casi que sonríe, con la nariz tan afilada. Madre y Dorinda y otras mujeres lo lavaron, le lavaron la sangre y lo vistieron y ahora está aquí pálido, pálido, metido en la caja. Representa más grande. Lo han puesto en el comedor. Han corrido la mesa y los baúles y lo han puesto en el comedor, porque había más sitio. La habitación está llena de mujeres y de hombres, y aún siguen llegando más. El corral y la cocina también están llenos de gente. La voz de que yo lo había matado los sacó a todos de sus camas. Todo el pueblo ha venido a vernos. A verlo a él y a verme a mí. Los que van entrando buscan primero con la mirada al muerto y después me buscan a mí. Las mujeres más viejas me abrazan o me cogen las manos entre sus manos, y los hombres me acarician la nuca y lloran. Algunos hombres y algunas mujeres me besan o me aprietan muy fuerte, muy fuerte, durante mucho rato. Han intentado levantarme de esta silla, pero yo no me

levanto. Éste es mi muerto, lo he matado yo solo, es todo mío. Apenas puedo levantar los ojos de las velas que le han encendido a los lados. Deben llevar mucho tiempo ahí puestas, porque el entablado del piso está lleno de salpicaduras de cera.

A veces oigo gruñir a los cerdos en la pocilga. También oigo las campanadas del reloj, aunque no las cuente. Fuera está muy oscuro todavía, pero debe faltar poco para el clarear. Durante toda la noche las mujeres no han parado de rezar rosarios y de echar la recomendación del alma. Por el muerto y por mí. Don Isaías fue de los primeros en venir. Primero le puso a él los Santos Óleos y luego me preguntó a mí si quería confesar, pero yo no le pude responder. No puedo hablar ni llorar ni gritar ni moverme ni nada. Uno no mata todos los días a un hombre. Si pudiera levantarme de la silla, tiraría abajo esta pared de adobes. A cabezazos. Ha venido también la pareja de Benavides, pero todavía no me han detenido. Poco miedo tienen de que escape. La luz de las velas relumbró en el charol negro de los tricornios y por eso me di cuenta de que también la autoridad estaba aquí. Además, el cabo es largo como un arado y al entrar tapó con la cabeza la bombilla de afuera, la que da al corral. También por eso me di cuenta. Debe hacer frío, aunque yo no lo noto. Por encima del muerto pasa el aliento de todos, el mío también, como nubes en miniatura que desaparecen al acercarse a las llamas de las velas. Sólo de la boca del muerto no sale nada. Debe hacer frío, pero la puerta del comedor está hasta atrás, con tanta gente. El practicante de Villares ha estado hablando con los

guardias y luego vino y me dijo que si me quería acostar un poco, pero yo no le contesté. No puedo hablar ni llorar ni nada con este muerto aquí presente. A ver quién me debe a mí este muerto.

Me han traído varias veces un tazón de manzanilla, pero no saben que tengo los dientes y las muelas como pegados con cemento y no puedo abrir la boca. Alguien ha debido encender la cocina y está preparando el pote para los cerdos, para que dejen de gruñir, me creo yo, porque de vez en cuando llega el olor de la pulpa y las patatas cociéndose. Los bichos tienen que comer, qué culpa tienen ellos. A ellos no les pesan los muertos en el estómago.

Esta niebla mojada que viene del corral resbala por la frente del muerto y va a esconderse entre las sayas de las mujeres y se queda allí, acurrucada, como en los fuelles de un acordeón de luto.

Talmente así estaba el día aquél, cuando apareció el primer cadáver, el de Agustina Puente, la de Villarejo, la hija del Capador. Había una niebla meona y fría que subía del Órbigo y se enganchaba en las ramas altas de los negrillos y en el nido de las cigüeñas como lana húmeda. Miguel Requejo dijo que si no llega a ser por el perro, que empezó a ladrar, ni la ve. Venía de escardar el lúpulo, y lo que menos. Pero dice que el perro venga a ladrar y a ladrar, y que no paraba, y que se echó por la cuneta de la Pontina y él detrás, a ver qué demonios quería aquel perro. Dice que la pobre Agustina estaba con la cabeza de lado y tenía los

pechos al aire, morados por las magulladuras y rígidos como de cristal por la escarcha. El que lo hizo le dejó la falda subida y un trozo de jabón metido en sus partes. Cuando dieron cuenta y vino la pareja, dijeron que no era el primer caso, que en Villamor había aparecido otra igual hacía dos días.

Después ocurrió lo de Benita Domínguez, a la semana o así, y ahí arriba mismo en Valdiglesias, como quien dice a la puerta de casa. Entonces ya fue cuando no dormimos nadie en Santibáñez, ni hombres ni mujeres. Las mujeres por miedo y los hombres por ganas de que se nos apareciera para poder derretirle los untos y ensartarle el corazón en un bieldo. Porque con Benita no pudo, menuda es Benita con esos brazos que tiene, que echa al carro quilmas de siete arrobas sin pestañear, aunque lo intentó, y ella después dio pelos y señales de cómo era, mayormente de la cara, y de que era algo cojo porque cuando vio que se le escapaba y marchaba hacia el pueblo dando voces y pidiendo favor, él salió huyendo y renqueaba. Aunque dice que a punto estuvo, porque logró romperle la blusa y le plantó las asquerosas manos encima y se los estrujaba así para arriba y para abajo, para dentro y para afuera, como si estuviera amasando, como si quisiera arrancárselos de cuajo. Y que le decía: «Reza las letanías, puta, reza las letanías de la Virgen o te mato. Venga, reza: ...Virgo Potens..., Virgo Clemens..., Turris Eburnea..., Refugium Peccatorum..., Sancta Virgo Virginum..., Domus Aurea..., Virgo Potens...», y que las mezclaba y las repetía sin concierto y echando espumarajos por la boca. Pero la pastilla de jabón

lo perdió: cuando metió la mano en la chaqueta para sacarla, Benita lo descabalgó de un empujón y se puso a salvo. Cuando vinieron a Valdiglesias los guardias a tomarle declaración a Benita, se acercaron hasta donde había ocurrido todo y el número encontró el trozo de jabón junto a una mata de garbanzos. Entonces fue cuando el cabo nos reunió en las escuelas y nos dijo que estuviéramos sobre aviso y con los ojos y los oídos bien abiertos.

Los primeros días, a mí me daban las tantas pensando en el asesino y en la pobre Agustina, la del Capador, y en Benita, la de Valdiglesias, y en mi hermana Dorinda. Desde mi cuarto oía el toque de las medias y la música del Ave María con las campanadas de las en punto, sin poder pegar ojo, en blanco hasta las cuatro o las cinco. Así que cuando al clarear me levantaba para ir a la remolacha o a lo que fuera, me caía de sueño sobre el aguamanil, y el barreño de sopas se me iba de los dedos de puro cansancio.

Hablé con Dorinda y le prohibí que saliera sola del pueblo, aunque fuese cerca, mientras la justicia no prendiera a este loco que me ha desgraciado para siempre. Y hasta me acuerdo que hablé también con madre y con tío Benjamín y les dije lo mismo, que no la mandasen más a ella a abreviar las vacas, que ya iría yo después o que las llevase tío si no, pero que Dorinda no saliese de casa hasta que no acabara aquello.

El caso es que ayer tarde, cuando volvía de la tejera, a la anochecida, notaba yo algo raro

en el aire, una corazonada, me creo yo, como si las benditas ánimas alentasen sin fuerza, pero todas juntas, por debajo de las nubes. Se ve que estaba de Dios esta muerte, cuitado de mí.

Madre migaba sopas en la palangana y Dorinda estaba con su bombilla y su aguja cogiéndole los puntos a una media. Tío Benjamín estaba sentado en el escaño y leía los chistes del calendario del Corazón de Jesús. Madre dijo algo de que mañana, hoy, había que sacar el abono de la cuadra, que estaba imposible, que se atollaba uno hasta las rodillas en la porquería y no había dónde pisar ni con madreñas. Y después cenamos. Me acuerdo que tío y yo fumamos un cigarro juntos mientras Dorinda terminaba de arreglar la media y luego nos fuimos todos a dormir.

Me dieron las doce y aún estaba despierto, dando vueltas en la cama. Cuando empezaba a dormirme, oí un ruido seco en la parte de atrás de la casa, como si hubieran golpeado el suelo con un palo muy grande. Me levanté, me puse los pantalones y las botas y bajé al corral. La noche estaba sola, sola. Negra. No se oía nada, sólo mis pasos en el empedrado. Al llegar junto al pozo, me acerqué a la ventana de la habitación de madre y esperé allí un rato. Todo seguía en silencio. Sentí frío en la garganta y tuve que toser. Madre me oyó.

—¿Eres tú, Ezequiel? —me acuerdo que me preguntó ella en voz baja.

—Sí, madre, yo soy. No se apure. He oído un ruido ahí atrás... Ahora vuelvo —le respondí yo quedo, quedo también.

—¡Despierta a tío Benjamín, hijo, no vayas solo! —dijo ella.

—No hace falta, madre, no se apure. Ahora mismo vuelvo.

Descolgué el hocino de la leña, que estaba en el montón de escobas, junto al horno del pan. Lo empuñé fuerte con la zurda, que es mi mejor mano, y avancé despacio, procurando no hacer ruido. Al pasar frente a la pocilga, la cerda rebulló y gruñó una vez por lo bajo, pero amainó en seguida. Miré para la cuadra del ganado: las dos puertas estaban bien pechadas, pero la portilla del nial estaba abierta. Salí al huerto. Volví a notar en el aire aquel como apagado aletear de ánimas que saltaban las tapias y se perdían más allá de las viñas, en el monte. Y de repente lo vi: era un perfil de sombra que avanzaba hacia la casa, cojeando al andar. Me escondí detrás de la aventadora, protegido por los sacos que la cubrían; el corazón me daba vueltas en el pecho como una noria de cangilones locos.

La sombra, renqueante, pasó muy cerca de mí camino de la portilla. Pensé que iba a esconderse en el pajar. Entonces salí y grité a su espalda: «¿Quién va?», al tiempo que le ponía el hocino en los ijares. La sombra se asustó y pegó un salto hacia un lado y, al hacerlo, la punta corva de la cuchilla le rebañó las entrañas.

La sombra herida me reconoció.

—... Pero si soy yo, Ezequiel... Tenía que hacer de cuerpo y en la cuadra me hundía... ¡Qué has hecho, hijo...! Con la negrura tropecé y tiré al suelo uno de los postes que habíamos preparado para el lúpulo..., de rebote me alcanzó en esta pierna..., debo tenerla partida... ¡Ay!, Virgen del Castro..., Ezequiel, me muero...

Me abalancé sobre él para socorrerlo, pero tío Benjamín estaba ya alentando nubes quién sabe hacia qué inviernos o qué círculos.



Ilustración: MAITE CARPENA

VIRTUDES FÉRRIZ GARCÍA

He vuelto a leer mi cuento después de los cuatro, cinco, o los años que haga desde que lo hice por primera vez, y he llegado al final con una sonrisa que no creo haber puesto mientras lo escribía. No guardé copia ni quise saber nada de él una vez concluido.

Recuerdo que metí el primer folio en la máquina un día de invierno; llovía y estaba deprimida. Aunque puedan no entenderse las razones, el parto fue doloroso. Hoy (cuando escribo estas líneas) también lluvioso y tan deprimida como aquél, su lectura me ha hecho sonreír.

No quiero decir que a ti te vaya a pasar lo mismo, sobre todo si desconoces que Sara, después de su extraña aventura, volvió con Jaime y ya no es la muerte quien ronca, sino él.

LA MUERTE RONCA

Virtu Ferriz García

E 1



El equipaje estaba listo. Como dando el último repaso, Sara abría y cerraba cajones mecánicamente. Sin saber bien lo que buscaba revolvía papeles y objetos en otro tiempo más apreciados, maltratando los estantes sin ningún escrúpulo. En la puerta, con un rictus de disimulada sorpresa, Jaime. Confundido y rascándose la cabeza mantenía la boca cerrada, entre otras cosas, porque no se le ocurría nada que decir. Pero la sangre de sus venas estaba a punto de ebullición. Algunas conjeturas precipitadas tampoco lograban sacarlo de su asombro.

—¿Sabes dónde está la cajita que me regaló Lola? —preguntó Sara todo lo fría que pudo, sin dignarse levantar la mirada.

—No, no lo sé —contestó aprovechando la ocasión para intentar una sola pregunta:— ¿Por qué te vas?

Ni lo miró de nuevo. En un momento desapareció de la habitación empujándolo al pasar por la puerta y corrió a encerrarse en el váter, costumbre poco original de superar las crisis depresivas. Bonita forma de escurrir el bulto —pensó Jaime abatido—, que haga lo que quiera. Cualquiera sabe lo que es capaz de

albergar su mórbido cerebro. Pero Sara tardaba en salir y el silencio de la habitación le devolvía el eco de sus dudas. Colocó la silla delante de la puerta y esperó a que saliera.

—¿Estás harta de mí? —preguntó sin rodeos, nada más oír el ruido del pestillo.

—Estoy hasta las narices de todos... Quiero empezar de nuevo.

Jaime no pudo disimular una condescendiente sonrisa, algo cruel, que a Sara no le pasó desapercibida.

—Eres insultantemente cínico; ésa es una de las razones por las que te deajo.

Unidos por un hilo de silencio, siguieron uno enfrente del otro, tirándose platos con la mirada. En un atisbo de lucidez, Jaime se dio cuenta de que por primera vez —¿o era la primera vez que se daba cuenta?— sus ojos la miraban cansados. Sara, como tantas otras veces, lo notó. Y notó que él lo notaba también. Fue su último y pequeño triunfo.

Jaime la siguió mientras acababa de empaquetar. En el fondo no soportaba las medidas drásticas, y sobre todo no podía hacerse a la idea de que se fuera sin soltar prenda.

—¿Por lo menos sabrás a dónde vas?, ¿tendrás alguna dirección, algún amigo?... no sé, algo.

—De sobra sabes las direcciones que tengo. La sequedad de la afirmación era evidente.

—¿No creerás que voy a sentirme culpable? —Presintió que se trataba de una estrategia más para conseguir algún trozo de su ya ruinosa dignidad—. Después de todo han sido tres años de vivir juntos y... —Un repentino bloqueo cerebral podía traer malas consecuencias para

su arraigado sentido del ridículo, pero fue inevitable. Se quedó colgado de la frase. La situación se le escapaba de las manos, esta vez en serio. No entendía nada, hasta el extremo de quedar al aire con evidentes muestras de debilidad. Perdía los papeles y no le importó recurrir a la súplica. Trataba de ganar tiempo, torpemente.

—Entonces..., ¿esto es definitivo?

Sara contestó que sí. Convencida ya de que la barrera que había creído insalvable se derretiría como celofán. Acabó de ponerse el abrigo y un golpe seco de puerta fue su última palabra.

2

El despertador llevaba un rato sonando cuando Sara se levantó a pararlo. Estaba soñando y le molestó que el timbre la interrumpiera. Era demasiado pronto para no tener nada que hacer, pero se vistió enseguida. Mientras ponía un café en el infernillo las imágenes del sueño reciente se agolpaban en su cabeza. Otra vez un váter, parecía una fijación. Ella se encontraba sentada en él, como en situación de recibir visitas. Desde fuera la gente la miraba y los hacía pasar gesticulando alegremente con las manos. Una vez estuvieron todos acomodados, como buenamente pudieron, encima del lavabo, dentro de la bañera..., entonces sacaba una calavera, la mostraba a todo el mundo y metiendo repetidas veces la mano por la boca, la sacaba agitándola mientras decía, con el tono de un gran descubrimiento: «veis cómo no hay nada». Le extrañaba que una cosa tan estúpida

podiera dejarle la sensación agradable que tenía al despertar. La cafetera empezó a pitar y no pudo acordarse de más.

Con el café humeante se encendió un cigarrillo. Por la radio decían que iba a llover. Se acercó a la ventana y hacía sol, terrazas, más terrazas y la estación de autobuses. La rutina destruye el acto, solía decirle Jaime, a menudo, como si la frase fuera suya. Pensó que lo mejor era largarse. Aprovechar el sol que según los expertos era un espejismo y patearse las calles, aún ausentes de monotonía. Llegó al centro después de varias horas de íntimo paseo y recurrió al primer bar para guarecerse. Tuvo que reconocer que la meteorología estaba más avanzada de lo que ella creía porque, efectivamente, comenzaba a llover. Se sentó en la barra y pidió un martini para hacer boca. Era un bar de paso, como la mayoría. Gente tomando cerveza y calamares refritos. Camareros gastados con chaquetas gastadas, un par de máquinas tragaperras y un vapor pegajoso de aceite de orujo fue suficiente para desvanecer su apetito.

Cogió el periódico mientras bebía a pequeños sorbos. Por más que quisiera no podía beber un martini de un trago. A su lado, un viejo vestido como una mariquita obsoleta la miraba de vez en cuando, sin insistencia, como si formara parte del decorado. Supuso que así debían mirar a las mujeres los viejos mariquitas, pero se equivocó. El viejo estaba realmente interesado por su cara y se lo hizo saber.

Se llamaba Lorenzo Cuevas, era fotógrafo. Quería por encima de todo trabajar con ella. Sara cortó sin pormenores, no necesitaba ninguna foto y no tenía ganas de conversación.

El viejo recurrió al dinero pensando que el brillo del metal podía influir sobre su decisión, dando completamente en el clavo. Tal y como estaban las cosas no iba a ir rechazando ofertas. Aunque los fotógrafos no le inspiraran la menor confianza se guardó la dirección en el bolsillo, prometió visitarlo cuando notara la necesidad y le estrechó la mano.

—No me interesan los desnudos.

—Ni a mí tampoco -contestó Lorenzo con una sonrisa que hacía pensar que no era tan viejo como parecía o que era más de lo que creía. Sara salió del ruidoso establecimiento con la seguridad de que había establecido un buen contacto.

3

Todo le daba vueltas. La nuca helada. Un pico de gaviota hundido en el cuello. El jinete del sueño atraviesa llanuras saladas. Nidos de tiempo deslizándose entre sus cabellos. Un hilo de sangre brota de su garganta mientras cabalga delirante las rutas gastadas del cielo. La cabeza iba a explotarle. ¿Seguía lloviendo?. No sabía cuantas horas llevaba allí. Los cristales empañados no dejaban ver nada de fuera. Acabó la copa de un trago, en realidad tampoco le gustaba el coñac. Salió, tras un largo esfuerzo, abriéndose paso entre mesas y cuerpos y dejó que el agua le mojara la cara.

Caminaba mirando al cielo como si esperara que en vez de agua cayeran bollos, mientras jugaba con un papel que acababa de sacar del bolsillo. También estaba harta de ella y eso no se lo había dicho a Jaime. El papel se le cayó

al suelo, era la dirección del fotógrafo. Tras la tinta borrosa pudo distinguir el nombre de una calle; le costó unos segundos recordar de qué se trataba. Por la noche todo cambia —pensó—; después de comprobar una vez más que no hay nada nuevo bajo el sol, queda la posibilidad de indagar en las tinieblas. Tenía la experiencia de muchas noches de buscar en el espejo una imagen que llevarse a dormir y de terminar cepillándose los dientes con energía, esperando a que el sol tapara de nuevo todos los misterios. Con la certeza de que sola y a esas horas, lo mejor que podía encontrar era un tipo extravagante con el que hablar, llamó un taxi y se dirigió sin pensarlo dos veces a casa de Lorenzo.

El coche se paró delante de un edificio de dos pisos, con la fachada labrada en piedra y una gran puerta de madera cubierta de polvo. Una escalera estrecha con olor a humedad y sin luz era el único acceso al primer piso, que el fotógrafo había escrito en el papel. No tenía aspecto de poder pagar mucho —pensó Sara— mientras hacía sonar el timbre.

Lorenzo abrió la puerta en mangas de camisa con una servilleta colgando del cuello.

—No te esperaba tan pronto —dijo limpiándose la boca—, estaba cenando, pero pasa, no te quedes ahí pasmada. ¿Por qué no has encendido la luz?

—No la he encontrado —respondió Sara con timidez siguiéndolo por un sinuoso pasillo, apenas iluminado por un farol que pendía del centro. Venía a que me explicaras algo más del asunto ese de las fotos...

La inseguridad de su voz hizo ver a Lorenzo el estado en que se encontraba.

—Primero vamos a cenar, creo que te haría bien acompañarme.

Sara se dirigió al lugar que le señalaba con el dedo. Una mesita baja cubierta con una servilleta como la que él llevaba colgando y dos platos. En uno, pollo; en el otro, patatas fritas. Lorenzo puso parte del pollo en el de las patatas y parte de las patatas en el del pollo, sacó un tenedor y un vaso y se lo puso todo delante. Propuso un brindis llenando los dos vasos de vino.

—Por la belleza —dijo alzándolo.

—Por la belleza y por nosotros —balbuceó Sara, original hasta donde el alcohol le permitía y sin plantearse las consecuencias que más alcohol podía tener sobre su sangre. Recorrió las paredes que cedían bajo el peso de tanto cuadro y su atención se detuvo ante el único que, por inacabado, supuso que ésa sería la causa, consideró bueno. Desnudo, sin marco, en medio de tanto dorado ruinoso, junto a montones de revistas esparcidas y carretes, como serpentinas colgando de un hilo, rompía la rigidez de la estancia.

—¿Es una mujer o un hombre? —preguntó señalando la tela que sostenía unos ojos como excusa.

—Qué más da —exclamó Lorenzo tras un breve silencio—. La belleza no tiene sexo. No tiene espacio. No tiene tiempo. Es una idea, una idea que se evapora cuando tomas alguna realidad como punto de referencia. He gastado mi vida —hablaba mientras se acariciaba la afilada barbilla— buscando ese monstruo con cabeza de león, vientre de cabra y cola de dragón en cada rostro... y puedo asegurarte que pocas

veces lo he encontrado.

—¿Y ha sido precisamente en mi cara? —preguntó Sara con sorna, intentando salir de su borrachera—. Si lo tuviera ya me habría dado cuenta...

—No —interrumpió Lorenzo—, en cualquier caso sólo podrías verlo en el espejo y entonces depende de ti hacia dónde diriges el objetivo. Dudo que pudieras quedarte con un estado que a la mayoría de la gente no le interesa ver, o no ve, sencillamente.

—Me parece que tú vas muy lejos —empezaba a sentirse incómoda—. No sé qué tiene que ver ese monstruo con la belleza y menos conmigo. La belleza es frágil, irrecuperable... —Estaba aturdida. Las sienas golpeaban con lentitud su cabeza, más le importaba un poco de aire que cualquier disertación metafísica. Se levantó como pudo y salió al balcón, era agradable el ruido de los coches salpicando los charcos. Se apoyó de espaldas a la barandilla y cerró los ojos. Desde dentro le llegaba el sonido de los platos al ser retirados de la mesa.

—¿Se pasa? —se interesó Lorenzo asomando las narices por la puerta.

—Sí, ya estoy mejor; el vino era lo único que me faltaba.

Se dejó caer en el mismo sillón bajo la mirada de Lorenzo, que, de pie, fumando, no se atrevía a sacar la cámara. Le parecía una falta de delicadeza dadas las circunstancias, pero se moría de ganas. Sara seguía mirando el cuadro como si sólo eso le interesara.

—¿Todavía te preguntas por su sexo?

Se volvió extrañada, por un momento había olvidado su presencia.

—No, pensaba en otra cosa. No sé por qué, me he acordado del sueño que esta mañana se me quedó a medias. Me molestaba no saber de dónde venía esa sensación agradable, ahora lo sé y todavía me parece más absurdo. —Una risa sardónica contrajo los músculos de su cara para acabar en una estrepitosa carcajada etílica que animó a Lorenzo a tomar partido.

—¿De qué iba ese sueño tan gracioso?
—dijo mientras se sentaba enfrente de ella.

—Pues nada —continuó riendo—, que el váter de mi casa se transformaba en un servicio de caballeros y allí estaba yo, desnuda y completamente mojada, tendida en el suelo con un enorme pene entre las piernas —no intentaba disimular la gracia que le hacía—. ¿Sabes algo de sueños?

—No tanto, pero me interesan. Aunque si no me cuentas más...

—Era un servicio de caballeros porque no había puertas. Una fila de urinarios blancos y nuevos se alineaba en una de las paredes. El recinto era grande y blanco que hería los ojos. Desde donde estaba podía verme en un espejo rectangular que cubría la zona de los lavabos. Quería levantarme, pero era imposible. No entraba ni salía nadie. Mis intentos por salir de allí se desvanecían cuando el espejo me devolvía, con placer, mi imagen adherida a un miembro que no me pertenecía. Me sentía a gusto contemplándome... —se quedó mirando al techo.

Lorenzo la escuchaba atento y su interrupción le contrarió.

—¿No había nada más en los lavabos? —el tono inquisidor que utilizó la hizo pensar más detenidamente.

Sí, una bañera, pero estaba sucia. No parecía tener nada que ver con el resto. En todo caso sólo ella y el espejo eran viejos. Por qué, ¿te aclara mucho mi sueño?

—No, podría darte alguna interpretación, pero lo que me interesa es el servicio que me estás describiendo. No puedo estar seguro, pero conozco algo parecido...

—No creo —añadió Sara—, sólo es un sueño. Dudo que exista nada parecido. Unos urinarios nuevos, con una bañera vieja y un espejo de camerino, no son elementos frecuentes en los servicios al uso.

La posibilidad de que el escenario de su sueño se viera repetido en la vida real. Y más, tratándose de un lugar que con toda seguridad ella no había pisado, le picaba en el pecho.

—¡Tú lo has dicho! Si no hubieras explicado que se trataba de un espejo de camerino, no habría dado con él. Conozco ese sitio, por casualidad pero lo conozco. Pertenece a un antiguo teatro reconvertido en cine. Quisieron aprovechar los camerinos, pero su difícil acceso hizo que los propietarios abandonaran la idea después de concluir la chapuza. Construyeron unos servicios nuevos en la primera planta y sólo cumplieron su finalidad unas semanas, mientras terminaban los otros. Luego quedaron olvidados.

Sara lo escuchaba incrédula. La coincidencia parecía afectar más a Lorenzo que, nervioso, se pasaba la mano por la frente dejando la reluciente calva al descubierto. Se levantó con brusquedad, dio media vuelta, la cogió del brazo y le dijo:

—Vamos, tienes que verlo.

—¡Ahora! Está lloviendo —dijo señalando los cristales salpicados.

—No queda lejos. Un paseo nos vendrá bien y podemos quedarnos si hacen alguna película buena... No vas a mojarte más de lo que estás.

Sara, apenas convencida de poder mantenerse en pie, sintió curiosidad por saber si era verdad lo que Lorenzo decía. Bostezó un par de veces, se frotó los ojos y colgándose del fotógrafo se dejó arrastrar al exterior.

—No puedo dejar de pensar que es un truco para hacer que me mueva —le sopló al oído mientras salían a la calle.

4

Sara caminaba ya más derecha cuando llegaron a la puerta del cine. Los modernos materiales con que había sido remozado no podían ocultar las arrugas que surcaban paredes y techos. Como si sufriera las consecuencias de una tardía operación de cirugía estética, el enorme teatro se resistía a cualquier tentación de dejarlo nuevo.

No habían hablado prácticamente nada desde que salieron. Ensimismado cada uno en su historia, caminaban juntos sin ninguna prisa. Con pasos lentos y vacilantes, Lorenzo soportó durante unas manzanas el peso de Sara en su brazo. Luego se soltó y continuó con las manos en los bolsillos el resto del trayecto.

No había muchos edificios nuevos por aquella zona y la fachada del cine hería, con sus luces chillonas, la tranquilidad de la penumbra. Lorenzo sacó un par de entradas, sin preguntar

el horario y subieron una decena de peldaños hasta la primera planta.

—¿Se te ha pasado ya? —su tono era suave mientras el rostro se le contraía en una mueca de histriónica cortesía.

—¿El qué? —contestó Sara, abstraída por primera vez en analizar la situación en la que se había metido—. ¡Ah! —continuó—, estoy algo más sobria... ¿Es por ahí? —preguntó señalando una escalera más estrecha y olvidada que la anterior.

—Sí, pero el lugar que buscamos está un poco más alto.

—¿Cómo se las arreglaban los actores? —preguntó al ver que los peldaños se bifurcaban en un estrecho pasillo rematado por unos cuantos escalones todavía más empinados.

—Hay otra salida por detrás de la pantalla. Por allí es más fácil...

La oscuridad era total. Lorenzo giró una llave y la expresión que puso Sara al ver cómo se iluminaba la bañera que momentos antes había descrito, fue la señal que Lorenzo esperaba para actuar. Como si presintiera la gran ocasión pisándole los talones descolgó la cámara del hombro, quitó la funda y ajustó el objetivo.

Sara, perdida en el mundo de la lógica, buscaba una explicación a lo que no la tenía. Contempló el mismo espejo en el que ya se había visto y descubrió sin asombro que los urinarios se alineaban donde tenían que hacerlo. Deslumbrada por el azar, no seguía los pasos de Lorenzo.

—El mío era más blanco —susurró sin atreverse a cruzar la puerta—. ¡Vámonos! Me produce angustia este sitio.

—¿Estabas ahí, no?

Sara no tardó en saber lo que se proponía, pero toda su fuerza era barrida por el miedo y los gritos del fotógrafo que llegaban como un eco a sus oídos. Un golpe en la cabeza sacudió su flácido cuerpo y sintió la necesidad de desplomarse como el único alivio a su impotencia. Encendido hasta el paroxismo, Lorenzo disparaba sin clemencia. Los flashes la cegaban una y otra vez y a pesar de ello no podía apartar la mirada del objetivo.

Con la agilidad de un gato, Lorenzo se abalanzó sobre ella.

—No me interesan los desnudos, pero ahora es necesario.

Sara se dejaba desnudar sin resistencia, al fin y al cabo su cuerpo ya no le pertenecía, no podía controlarlo. Con una torpeza infantil, Lorenzo desabrochaba los botones de su camisa. Notaba el peso del fotógrafo sobre su vientre y una lágrima le resbaló por la mejilla.

—Nada de lágrimas o me echarás a perder todo el trabajo —dijo secándola con la palma de la mano—. Lo siento, no haría esto si no estuviera seguro de que serán las mejores fotos de tu vida.



Ilustración: JOSÉ LUIS BAZÁN

MANUEL GONZÁLEZ VERDÚ

Nací en Elda el 17.7.1955.

Estudié Magisterio en la Escuela Universitaria de Alicante. Más tarde me licencié en Geografía e Historia por la Universidad de Alicante.

He trabajado como profesor de E. G. B. en diversos colegios de Elda y Petrel. En la actualidad ejerzo como profesor de lengua y cultura españolas en la ciudad alemana de Friburgo.

Soy aficionado a escribir cuentos. Algunos de ellos han sido publicados en las revistas *Alborada* y *Vivir en Elda*.

VIDA, MUERTE Y MILAGROS DE SERAFÍN Y SU PISTOLA

Manuel González Verdú

Membrío, a veintiséis de marzo de 1956

(...)

Y yo que venga buscar a ver si podía verlas por la cerradura o haciendo un «buraco» en la pared, y las otras, las hermanas, que me lo tapaban todo. Cambiaron las llaves por unas de esas pequeñas que hay ahora nuevas, empapelaron el pasillo y pusieron una bombilla. Así es que no había ma-

nera. Venga que venga cavilar, pensé que por el tejado podría ver a las niñas.

Hete aquí que me subí una tarde haciendo ver como que arreglaba el canal del desagüe de lluvias y encontré que había allí, justo al lado del depósito de agua, una trampilla de madera verde. La abrí y vi que daba como a un tunelillo oscuro al cabo del cual se veían las duchas. Después de dos años intentándolo, allí estaba la ocasión.

Lo malo era si me veían ellas, pero no, porque en la noche estaba oscuro en el tejado. Tenía que hacerlo pronto, antes de que viniese el verano y oscureciera tarde, pues habían puesto las monjas la hora de la ducha a las siete, para que las niñas se retirasen pronto el sábado, día de la higiene corporal, y así estuviesen el domingo descansadas y en buena disposición de recibir al Señor.

Vino todo bien, pues esa misma semana se anunció con mucho revuelo que el domingo siguiente, día de San José, vendría el Obispo a bendecir las aguas de la Fuente del Pájaro, que bien te tengo dicho yo muchas veces que podrías venir en verano, cuando estén de vacaciones las alumnas, a tomarlas, pues te harían mucho bien para los cálculos que echas en la orina. Hasta dicen que son milagrosas para las mujeres, y cuentan que, hace muchos años, se apareció aquí la Virgen María a una pastora muy mayor que no había podido tener hijos, y que le dio a la mujer un pájaro con el encargo de que lo cuidara durante dos días, dándole pan mojado en leche y le rezase cinco avemarías por la mañana, nada más levantarse, y que al tercer día le dijese al pájaro lo que quería y lo echase a volar. Pues dicen que a los nueve meses tuvo mellizos. Y a este milagro, que es muy famoso por todas estas tierras, se le llamó el del pájaro, y de ahí el nombre de la fuente.

Pues bueno, llegó el sábado y yo ya estaba que temblaba. Cuando oscureció me encaramé en el tejado y abrí la trampilla sin hacer ruido. Al poco rato entraron las muchachas tal como Dios las echó al mundo.

¡Ay, Tobías, si hubieses estado aquí! Todas tenían una piel blanca, suave como la seda y limpia. Abrieron los chorros y se enjabonaron entre las piernas y las tetas. Y así, con retazos de jabón blanco entre los pelos, estaban aún más hermosas. Pero ¿para qué te voy a contar?

La que más me gusta de todas es una que se llama Angustias, que es hija de unos señores muy principales de Madrid y que tiene cara de pícara. Un día la mandó la monja a pedirme

tiza y ella que venga relamerse los labios con la punta de la lengua. Se me cayó la tiza por los nervios y nos agachamos los dos a la vez a recogerla. Entonces, como queriendo como que no, me arrimó el seno al lomo. Es trigueña y parece mayor que las otras, pero yo aquí no me atrevo a nada, Tobías, aunque ya me gustaría..., porque ya sabes que me recomendó la hermana del cura, que trae las medicinas para mi madre, y si algo llegase a saberse...

Yo no pude resistirlo, pues desde que estuve en la «mili», en Alcalá, y me fui con una puta, no había visto una mujer desnuda, así que, aunque luego me arrepentí, tuve que procurarme yo mismo un desahogo con el pañuelo, que luego tiré al depósito de agua para que no lo viera mi madre, que siempre está indagando estas cosas (...)

Bueno, Tobías, sin nada más que contarte, se despide tu amigo que te aprecia:

Serafín

Del reconocimiento médico de las infrascritas pacientes se desprenden las siguientes conclusiones:

—Que ninguna de ellas ha sufrido ruptura himeneal ni presenta indicios de haber cohabitado con varón.

—Que presentan síntomas inequívocos de embarazo de aproximadamente noventa días, que se desarrolla normalmente teniendo en cuenta la edad y circunstancias de las pacientes.

Reconocimiento de D.^ª:

Dolores Ingal
Angustias Durán
Virtudes Fuertes
Inmaculada Manchón
Purificación Viola
Modesta Orgilés
Esperanza Callado

Valencia de Alcántara, 23 de junio de 1956

Por el presente informo a Vd. que, el pasado día dieciséis de los corrientes, y mientras se efectuaban las operaciones de vigilancia que resultaban pertinentes según su oficio número 106/13 del treinta de junio, se detectó la presencia de un individuo que, procediendo subrepticamente, pasó la frontera de Portugal a unos dos kilómetros de Herrera de Alcántara. La patrulla bajo mi mando, según su estricta recomendación, dio el alto al susodicho individuo, el cual hizo caso omiso de la orden e intentó huir de nuevo hacia Portugal. Al no detenerse, el número José Medina hizo un disparo al aire que no consiguió intimidar al perseguido y, seguidamente, disparó a dar, resultando de este hecho la muerte de Serafín Pópulo Pérez, que según posteriores averiguaciones resultó ser vecino de Membrío. Del registro del cadáver resultó el hallazgo de una pistola marca «Star», calibre 9 milímetros, que hace abrigar la sospecha de que el finado pretendía provocar la subversión contra el orden establecido (...)

Valencia de Alcántara,
diecisiete de junio de 1956

El pasado viernes, día veinte de los corrientes, se produjo en Membrío una concentración religiosa sin precedentes en la Historia. Miles de personas se reunieron en torno al Colegio Virgen de la Concepción para poder ver a las Siete Vírgenes que, con un séquito de doscientos sacerdotes, al frente de los cuales estaba el Obispo de la Diócesis, representación de las Fuerzas Armadas y de la Excelentísima Diputación Provincial, se dirigieron en procesión, como semanalmente viene sucediendo, hasta la Sagrada Fuente del Pájaro, donde hicieron ofrenda al Altísimo de siete avecillas que portaban en sus patas mensajes al Padre Celestial.

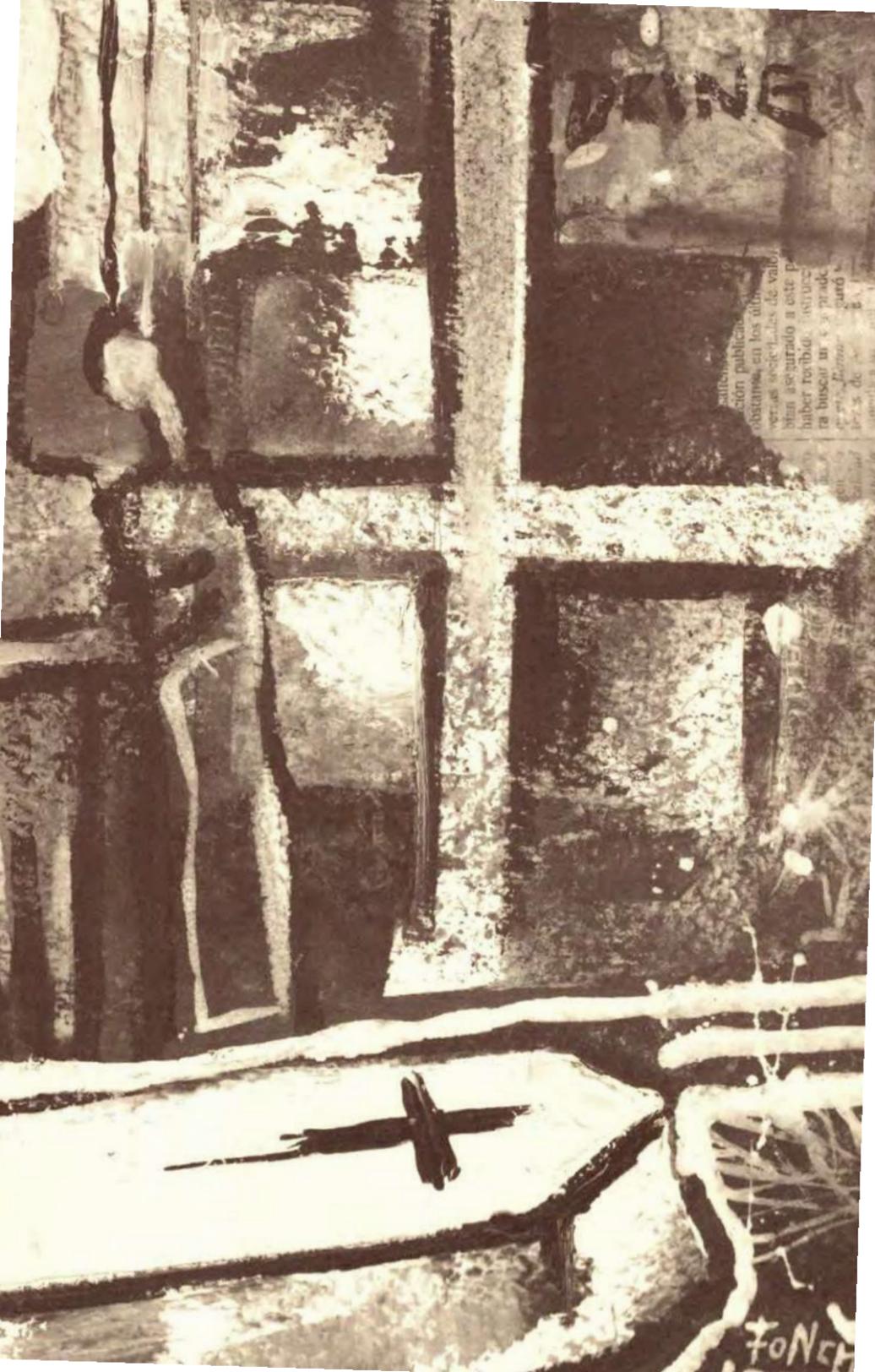
Éste ha sido el último acto religioso antes del Nuevo Adviento, que de seguro se producirá el veinticuatro de diciembre, y para el cual se está acondicionando, como exige este acontecimiento trascendental para la humanidad, la Basílica del Pilar de Zaragoza.

Badajoz, 22 de diciembre de 1956

¡Españoles! Una vez más me complace dirigirme a todos vosotros sin excepción, para desearos unas felices fiestas navideñas en el seno de vuestras familias.

Esta celebración, tan querida por nuestro religioso pueblo, nos recuerda y nos señala el camino a seguir, y nos obliga a perseverar en nuestro destino de pueblo querido por Dios y quizá señalado como nuevo pueblo elegido por Él para una nueva y múltiple Natividad que libere a los hombres del pecado y el materialismo.

Este año los españoles vamos a asistir al comienzo de una nueva era. Y esos siete Jesuses que envía la Voluntad Suprema, serán los nuevos Mesías de un mundo que iba camino de la ceguera y la destrucción moral (...)



ALBA

salto...
ción publica
obstáculos, en los últi
verías seculares de valo
pino asegurado a este p
haber roto. Instruc
ra buscar un a prade
es, "Perra" pue
pas de

70NCH

DIEGO BRAGUINSKY

Nací en Buenos Aires, hace más de treinta años.

Gracias a una temprana vocación literaria, conseguí sobresalir en la composición de redacciones durante la época escolar.

Más adelante escribí poesía. Tengo un cajón lleno de ellas.

En la adolescencia, quizá fascinado por Cortázar y Borges, me empeñé en la escritura de relatos.

En 1986, decidí publicar siete cuentos y olvidar los otros treinta que había escrito, como si cerrara una puerta. Editamos «Cuentos redondos». Dos de las narraciones que lo componen, merecieron sendos premios (el «Ciudad de Mula» y el «Príncipe de Asturias, 40» de Elda).

Desde los veinte años me dedico profesionalmente al teatro y hasta ahora he estrenado tres obras: «Bola Taims» (Festival Vila-Real), «Marta» (Teatre a Banda Vcia.), y «Transits» (Centre Dramàtic de la Generalitat Valenciana).

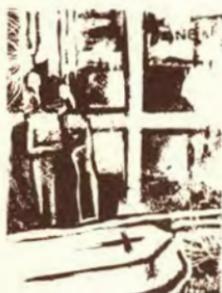
Esta última propició la publicación de un disco de larga duración, cuyas letras me pertenecen.

Actualmente trabajo en Televisión Valenciana como locutor y guionista.

L A S A L A R M A S

Diego Braguinsky

A Sí fue, amigo mío, y justamente por eso, es imposible que sucediera.



Éste es un pueblo pequeño, de pequeñas cosas, y efímeras. Donde casi todo ni siquiera se toma la molestia en detenerse y lo que lo hace no pasa, se queda.

Si yo le hablo hoy no es porque tenga menos ganas de olvidar que la mayoría. Es que yo estudié en la ciudad, y si no acabé es porque no me dejó la guerra. Terminando el bachiller me cogió por banda y se me llevó un ojo. Después me dieron una medalla que oculté por más de cuarenta años y me mandaron a casa. Ahora, cuando me piden que la enseñe, lo hago.

Vi tanto hombre muerto que me acostumbré a su compañía, y por eso me ve usted de sepulturero. Esta gente sabe guardar silencio. Al menos eso pensaba yo cuando solicité el puesto. En aquella época, y de esto que le estoy contando hace tiempo, no había dios en el pueblo que quisiera quedarse aquí noche y día. Se narraban cosas extrañas de las costumbres de los difuntos.

Éste supo ser un pueblo rojo, y decían que las almas en pena se revolvían en su tumba por la injusticia.

Pero esto no son más que habladurías de las gentes, que como usted sabe son muy cacareadoras. El caso es que en el cuarenta y dos hubo un problema de herencias. Se había muerto un viejo que dejaba buenas sucesiones. El pobre hombre había vivido solo desde siempre y fue creparla y venirse toda la parentela de Madrid, donde sabía vivir, a recoger la herencia y el cuerpo. Apareció medio abierto el ataúd al desenterrarlo y esto alarmó a la gente. Acabaron de abrirlo y lo vieron. Se le había quedado al finado la expresión del pánico pintada en la cara. La muerte sólo le había rozado y lo habían encajonado medio vivo. El caso es que se despertó preso y luchó con el ahogo hasta que se le fue la vida. Fue tal la conmoción, que la familia recogió los trastos y se largó como aire que lleva el viento.

Mi antecesor le echó tierra por encima y en el acto presentó la renuncia, no imaginaba él que debajo de la tierra podían pasar esas cosas.

Luego las viejas se fueron de la lengua y crearon la leyenda de los difuntos parlantes. Yo estaba sin trabajo, y como ya le dije, la muerte era como una amiga antigua, así es que tuerto y todo, me vine a vivir aquí.

Con el tiempo la historia se fue quedando en las mentes del pueblo y cada cual contaba su versión de las voces y lamentos que creían oír en noches cerradas.

Como ve usted, esto era campo abonado para lo que vino después. Las casas habían ido envejeciendo conmigo, y poco a poco yo iba sepultando a los que caían, y cada uno era el aviso que la parca me daba a mí. El cementerio se llenaba y era un calendario que se me enfrentaba sin contemplaciones.

Tengo que reconocerle a usted que alguna vez oí algo, pero preferí pensar que eran gatos.

Un día, de madrugada temprana y tibia, apareció el vendedor y se instaló en el casino. De momento nadie le cruzó palabra por aquello de la discreción, ya sabe. Apuró un trago fuerte y se arrimó a una de las mesas más concurridas, donde servidor y unos compadres hablabamos de nuestras cosas. Se presentó muy amable y preguntó por el tiempo y la sequía. Alguna voz le respondió, y en el acto fue el hombre al grano de lo que le traía por aquí.

Nos repartió a cada uno un panfleto, que aún guardo y ahora mismo le enseño.

«EL ÚLTIMO GRAN INVENTO DE LA CIENCIA MODERNA
NO PERMITA QUE LO SEPULTEN VIVO
CON LA ALARMA PERPETUA DE NUESTRA INVENCION
MUERA USTED TRANQUILO Y CONTENTO
DESDE DENTRO DE SU PROPIO ATAÚD PODRÁ USTED
AVISAR A TODO EL PUEBLO QUE AÚN RESPIRA
CON SÓLO APRETAR UN BOTÓN ASEGÚRESE DE QUE
NO LE ROBAN NI UN MINUTO DE SU VIDA
A PILAS A 125 A 220
¡GRAN DEMOSTRACION ESTE MEDIODÍA
EN EL CAMPOSANTO!

Se nos quedó mirando como si le debiéramos algo.

Afortunadamente, oculté yo una sonrisa, pues de completo interesados parecían los comensales. Preguntó el vendedor por el sepulturero y respondí con un gesto.

Díjele que eso no era cuestión mía, que lo debía autorizar el alcalde. Y dije el alcalde, porque el cura lo compartíamos con otras tres

aldeas y ese día no nos tocaba turno. El alcalde era persona impresionable y mística, y al canto dijo que sí y se ofreció a redactar un bando.

Ahí nos tiene usted a todos los pobladores, oyendo cómo cada media hora el pregonero decía el panfleto, y el inventor que se frotaba las manos.

Y digo yo que poca pinta de inventor tenía, con ese diente de oro que le brillaba en la boca y unas patillas como oreja de cerdo, y perdone usted la expresión.

Entre estas cuatro casas, siempre han tenido éxito los timadores, y por eso me sospechaba yo algo. Todavía tengo fresca la vez que vino uno de ellos, y con un cristal turbio en la mano, convenció a todo el mundo de que aquel milagroso vidrio haría que los televisores se vieran todos en color. Más de uno y más de diez compraron el artilugio y acabaron usándolo de fuente o de ensaladera.

Para encontrarle utilidades a las cosas nos han hecho a los pobres, digo yo.

Pero no me quiero ir por los cerros de Úbeda y le sigo relatando.

El caso es que ahí nos tiene usted a todos delante de una tumba abierta. El hombre que gritaba las excelencias de su avisador a toda voz y nosotros en corro. No creo que mienta si digo que habíamos más de cien aquel mediodía delante del agujero.

Se trajo del Ayuntamiento el ataúd público y con la ayuda de uno que sabía algo de electricidad, el charlatán instaló una lámpara amarilla en la puerta del cementerio y un aparato que parecía una bocina. Tiró de cable y se metió en la caja con un interruptor cogido en las

manos. A mí me tocó la faena de cerrarlo y echarlo para abajo. Cuidadosamente cubrílo de la tierra que había antes quitado y nos quedamos todos esperando lo que acontecería.

Al momento empezó a sonar la bocina con un ruido de tiovivo de feria y la lámpara amarilla a encenderse y apagarse.

Las gentes nos quedamos con la boca abierta y hubo algunos que gritaron alegres y tranquilizados. Para ellos, se acabaría la leyenda del pueblo y podían morir —o hacer que se morían— tranquilos.

Al hombre lo sacamos sonriente y enseguida.

Nos agradeció el trabajo con unos billetes y se fue para el casino, seguido de casi todos. Más de veinte «Alarmas Perpetuas» vendió, y los demás que no compraron fue porque no pudieron, porque ganas y miedo no les faltaban.

Dejó colgada de la pared una hoja con las instrucciones de instalación y se largó.

Si no fuera por los veinte aparatos que los propietarios se llevaron a sus casas, se diría que aquello había sido una visión.

Al día siguiente, la funeraria publicó una nueva lista de precios, incluyendo en una de sus tarifas la colocación del avisador. Parece que el dueño tenía intuición para los negocios y se había quedado con el grueso de la partida. «El inventor éste no viene más —decía—, pero aquí nos vamos a seguir muriendo».

Y se ve que acertó, pues al rato de poner el anuncio, empezó a desfilar por su negocio todo aquel que tuviese un deudo con un pie aquí y otro allá, para informarse.

Para el que no tuviera efectivo suficiente, se puso en marcha un plan de créditos, conjuntamente con la Cooperativa, con el beneficio de poder reengancharse en caso de agotar el precio antes de que fuera necesario utilizar el aparato.

De modo que si la maldita se mostraba tímida y no se llevaba a ninguno, una familia podía tener alarmitas aseguradas para todos en ocho o diez años.

Servidor estaba un poco preocupado, pues el cementerio se llenaba los domingos por la mañana de gente alborotadora y feliz. Venían en grupos a decidir la instalación del artilugio, como si estuvieran decorando un piso para recién casados.

A mí me tenían como al perro del hortelano, y me acostumbré a la compañía del electricista, que se arregló un catre allí en el rincón, y dormía aquí los sábados para empezar a trabajar desde temprano. Hacíamos café y nos reíamos de los temores. El muchacho quería ver la «luz mala», ya sabe, ese relumbrón que sale a veces de las tumbas. Por la descomposición de los huesos o algo por el estilo.

Y trabajo no le faltó.

Parecía que los vivos tuvieran ganas de probar su compra, pues a los pocos meses empezaron a morirse como los pajaritos en verano. Venía el cortejo por la misma calle que vino usted, las familias y los curiosos hacían el corro, y delante iba el carruaje de la funeraria con el cajón. Arriba del cajón, como si fuera un trofeo o algo así, venían siempre la bocina y la lámpara amarilla. Podía ser la ceremonia más pobre o más rica, de mejor madera el ataúd o

peor, pero casi todos traían su alarma. Y a lo último, cerrando filas, el electricista con su mono azul y el maletín.

A mí se me complicó un poco el trabajo, porque había que tener cuidado con los cables al echar la tierra, pero era el muchacho quien se encargaba de enterrar bien el cableado y de aislarlo de las humedades. No era cuestión de que el camposanto asemejara un patio de feria.

También fue un buen negocio para el de las lápidas, pues al poco tiempo la puerta ésa estaba tapizada de lámparas y bocinas, y no había dios que se aclarase con los propietarios, así que hubo que trasladar las inscripciones de las tumbas a los aparatos. Quien tenía dinero de sobra, se hacía dos, una para cada sitio, usted ya sabe.

Tal cual estaban las cosas, cuando pasó lo que tenía que pasar.

Usted estará al tanto de que la carretera que pasa por el pueblo llega ahí enseguida a la ciudad, bien, pues a veces pasan vehículos que van a ella.

Aquella noche cerrada, todo el mundo dormía en el pueblo, incluido uno mismo.

De repente comenzó a sonar una sirena como a lo lejos, después se fue haciendo más y más fuerte, hasta que pasó por el centro del pueblo y despertó a todos. Luego se fue apagando el ruido, hasta que se alejó y se perdió para siempre.

Me barrunto yo que sería la policía o los bomberos.

Al cuarto de hora tenía usted al pueblo en pleno, aporreando las puertas del cementerio. Querían desenterrar a su padre o a su abuelo,

que los estaba llamando desde la tumba, que al pobrecito le quedaría poco aire, que me diera prisa. Yo intentaba explicarles lo del coche, pero no me dejaban hablar.

Para peor, como la sirena había pasado de largo, nadie estaba seguro de cuál era la bocina que había sonado. No había ninguno que no estuviera seguro de que el muerto parlante era el suyo. Yo me puse firme detrás de las rejas, a sabiendas de que ningún finado había abierto la boca, y les grité que hasta que no se decidieran y me dijeran qué caja había que mirar, no pensaba abrirles a nadie.

La discusión duró hasta el amanecer. Y ninguna de las lámparas se encendió, niapuró un grito ninguna bocina. Al final, uno que era algo más listo, dijo que aunque hubiera estado alguno vivo, ya se habría ido al otro mundo, más ahogado que un besugo. En ese momento, la bullería se acalló, y cada cual se fue para su casa, convencido de que habían dejado morir al muerto.

Luego fue lo del incendio. Una de las casas del final de la aldea, comenzó a arder como una antorcha sobre las dos de la madrugada. Como en este pueblo no hay bomberos, se tiene una campana en la fachada del Ayuntamiento, a fin de avisar de las urgencias de la comunidad. ¿Pues qué no me veo yo el fuego y salgo pitando hacia la alcaldía? Pues sí, señor.

Me colgué como un mono de la cuerda del badajo y la moví con todas mis fuerzas. El escándalo se habrá oído hasta en el infierno.

La población salía a los portales a medio vestir y corría sin aliento hacia el cementerio. Allí los tuve que ir a buscar para avisarles del

fuego. Los tenía usted ahí, discutiendo otra vez la propiedad del difunto lengua suelta.

—¡Que es el mío! —decía uno—. ¡Que mi padre era tartamudo y la campana sonó como temblando!

—¡Es mi tía Vicental, que es muy puñetera y ya había dicho que quería probar el invento —dijo alguna otra.

Y yo que me meto entre la gente y pego el grito: ¡Que es la casa de la abuela Paca, que se le prendió fuego!

Me miran todos, se pegan la vuelta, y salen corriendo para el final de la calle.

La abuela esperaba en la puerta y se estaba cagando en todos los santos cuando llegamos. La casa se vino abajo como un puñado de tierra que se lleva el viento.

Tal como le estoy contando fueron sucediendo las cosas.

Y después de la sirena y del incendio, pareció que el destino nos estaba jugando una broma, pues ¿qué no vinieron unos «caballitos» a instalarlos al lado de aquella tapia que usted divisa?

Y no se me ría, que estoy hablando en serio.

Empezaron a montarlo de madrugada, en el mismo sitio de siempre, el amo decía que era para alegrar a los muertos.

Cuando se inauguró la temporada de tiovivo, se armó un tumulto alrededor de la taquilla. El pobre hombre creía que se haría de oro, y la verdad es que la gente había ido para echarlo del sitio, que ya estaban hartos de confusiones. Nunca el pueblo estuvo más unido.

El caso es que con el paso del tiempo, fue llegando a la aldea la modernidad, y después de los «caballitos» vino la Feria, y luego de la Feria le pusieron alarma a la Cooperativa, y aún más tarde se fue llenando el poblado de coches con bocinas antirrobo. Montaron cerca de aquí la fábrica de embutidos, que cada siete horas anunciaba el cambio de turno a los trabajadores con un timbrazo de miedo.

A cada rato sonaban campanillas aquí y allá, las alarmas se disparaban por distracción, o algún chaval muy borde hacía ruido de cacerolas; hasta que la gente se cansó de acudir al cementerio y comenzó a descuidar sus muertos.

Ya no se pasaban por aquí al oír el escándalo, así es que me fui quedando solo. De vez en cuando, venía alguno y preguntaba si su finado había dicho algo.

A decir verdad, hubo una ocasión en que se encendió una alarma. Salió un servidor corriendo hacia la tapia y leí la lápida, me acerqué hasta donde vivían los familiares y les avisé que me acompañaran. A desgana se vinieron conmigo. Yo les oía cómo comentaban detrás:

«¿Será una falsa alarma?... ¿Y ahora para qué le vamos a sacar?... Yo ya me había hecho a la idea... ¿Que no habrá sido la sirena de la fábrica?...»

Y otras cosas que ahora mismo no puedo recordar.

Cuando llegamos a la puerta se había apagado la luz y callado la bocina. Me sospecho yo que sería algún bicho que hurgaba dentro de la caja y le dio al interruptor por error.

Los deudos me pusieron verde, me trataron de viejo loco, y en un momento de mucho nervio, arrancaron los cables del invento y lo tiraron por tierra. Se llevaron la lápida a casa para usarla en otros menesteres y respiraron por fin tranquilos.

Me dijo un nieto del finado, horas más tarde, que por fin se había muerto el muerto, y que ellos ya podían disponer de su tiempo sin tener que estar en guardia, por si se le ocurría resucitar al abuelo. Él mismo se marchaba a Madrid al día siguiente.

Así como se encendió la chispa, se apagó el fuego y el interés; creo que ya le dije que éramos gente ignorante y duros de enseñar.

Hicimos junta en el Casino todos los que teníamos algo que decir, y tomamos la decisión.

Como yo era el más estudiado, me encomendaron buscar el teléfono en la guía que hay en el bar y mandarle venir a usted. Ahora están todos esperando aquí cerca, a ver qué contesta.

Recuerde que va todo el lote junto, con cables y todo, luego nosotros nos lo dividimos. Lo único que nos quedamos son las lápidas, pueden servir para la cocina. Es una buena oferta, barata.

Que sí, hombre, que se lo digo yo, que en su negocio va a quedar muy bien, son ideales para hacerse ver y oír.

Tenga en cuenta la fuerza que tendrán sus protestas, señor diputado...



ÁNGELES CÁCERES

«Las Mareas del Pino» vino a saldar una deuda pendiente con mi sangre: me engendraron hace muchos septiembres en la misma negra Melenara del cuento, junto a un Atlántico que cada año, por esas fechas, reclama su tributo de arenas y de hombres. Y algo queda. La inmanencia isleña de la mitad de mi sangre a veces se me sube a la máquina de escribir... y eso es «Las Mareas...».

Durante mi dilatada experiencia periodística, un director del que guardo entrañable recuerdo —convicciones políticas aparte—, José Sanz Moliner, me llamaba «Guadiana». No encuentro un mejor calificativo para mi trayectoria profesional. Escribo a golpes (y generalmente cuando lo hago me van cayendo algunos premios) y después desciendo a los subterráneos del trabajo, la vida, los hijos, los amigos..., para volver a aparecer sin propósito previo, simplemente cuando un tema me revienta el cerebro o las manos y tengo que sacarlo afuera para no explotar. Después vuelvo a callarme, hasta la próxima. Como el Guadiana.

1960: Premio de Poesía «Ciudad de Albacete» al libro «Tierra Parda».

1982: 2.º Premio Narrativa del Mar, de Cartagena.

1989: Accésit «Gabriel Miró» de Cuentos, Alicante; Premio del Gremio de Libreros al mejor artículo sobre el libro, Alicante; accésit «Ciudad de Villajoyosa», de Cuento.

LAS MAREAS DEL PINO

Ángeles Cáceres



CHONITA la Majorera vino a en-
viudar sin sospecharlo una madu-
gada hosca de septiembre, con las
mareas del Pino; como cada año
en esas fechas, el Atlántico abrió
las quijadas para cobrarse su ha-
bitual tributo de barqueros, y por
error se tragó, revuelta con los
cuerpos salitrosos de los pescado-
res, la rotunda humanidad agricultora de Ro-
que Santana. El Guirre, que no llegó ni a ente-
rarse de su propia muerte. Tan borracho estaba.

Roque el Guirre (de los Guirres de Agüimes, fácilmente reconocibles todos ellos por el arco buitreño de la nariz y los cuellos largos y enrojecidos) hubiera debido morir de viejo en su jergón, entre los rezos y suspiros de sus nueve hijas solteras y bajo la manta —piojosa y resobada— que cobijó sus arrebatos amorosos, sudó sus calenturas cuando le atacaba un mal aire de las cumbres y arropó los partos de Chonita, sofocando sus gritos. Pero una suerte revirada le empujó a Melenara un siete de septiembre allá a la tardecita, cuando el aire se encalma y se espesa sobre la arena negra y la playa se emploma toda ella, desenterrando alientos sulfurosos.

La excusa fue un asunto de cobranzas antiguas con Venturita Brito, unas deudas de juego sin satisfacer. Pura historia. La realidad, que la cocinilla era un horno de fuego reverberando

al rente de las plataneras, y el rebumbio del mujerío familiar le saltaba las sienes con su cloquear de gallinas. Ni mejor ocasión para darse un saltito a la pulpería de la playa, con los compadres desfondados en las sillas, el ron estancándose en los vasos y ese ambiente de calma que flota en las estancias donde no abundan las hembras. Después, la cosa vino rodada: celebraciones y agasajos, y un trago por el compadre, y otro por el cuñado, y otro más por la madre que lo trajo. Cuando cayó la noche, estaba Roque Santana tan empapado de alcohol que si llegan a arrimarle un fósforo salen ardiendo hasta las paredes.

De modo y manera que entre toda la concurrencia se decidieron a embromar al hombre, transportándolo en brazos para embarcarlo en la «Esperanza», de Pancho Betancor, que salía a la costa con su gente a faenar la sardina. Por ver la cara que pondría Roque cuando se le aclarase el malejón de las copas y se viera sobre la marea, bailoteando la barca entre las olas. Porque desde chiquito le tuvo al agua salada un respeto rayando en el pavor. Y la broma quedó redonda porque vino a morir ahogado, él, que nunca se metió entre las olas más arriba de medio muslo mientras le acompañó el conocimiento. Por el aquel del reuma, según decía.

Se ahogó Roque el Guirre cuatro millas mar adentro de la Punta de Gando, cuando un golpe de viento volteó la quilla embreada y le hinchó el vientre a las mareas, chupando profundidades y lamiendo con olas gigantes la superficie engañosamente limpia del océano. Se ahogó sin saber que se ahogaba, manoteando

torpemente entre redes y corchos, agarrándose por instinto a los cuerpos de los pescadores que se hundieron con él, lastrando las espumas.

Y supo Chonita la Majorera de su viudez con las primeras lechadas del alba, cuando golpearon bruscamente el sucio cristal del ventanillo de la alcoba, para comunicarle la desgracia.

—Levántese, Chonita, cristiana, que hay una mala nueva para ustedes.

Dicen que asomó apenas medio rostro, malencarada y agria, enturbiados los párpados por el sueño tardío y a desatiempo truncado, y que casi gritó, mientras se recogía las greñas escapadas del moño:

—¿Malas noticias traes tú, quienquiera que seas? ¿Qué pasó, pues? ¿Me lo trincó la guardiacivil en una casa de putas de la Isleta? ¿Le abrió los cueros a un desgraciado? ¡Suelta el buche, carajo! Larga tu historia pronto, que no son horas de andar de conversadera con una mujer honrada.

—Se murió, Chonita. Se ahogó el compadre, el Santo Cristo de Telde se apiade de su alma. Mis condolencias y fortaleza y resignación para soportarlo: así es la vida.

—¿Ahogado dice usted? ¿Ahogado Roque? ¡Váyase para otra parte con ese cuento, déjese de bromas que no está el horno para cocer pan! Ahogado... ¡mie usted! si por temor del agua ni se lava el hombre. ¿Alguien vio a mi marío embarcarse vez alguna? Sálgase para afuera, caballero, déjeme dormir en paz.

—Le digo que se ahogó, Chonita. Con la muerte no se juega, mujer de Dios, con la muerte no se gastan bromas. Ya usted es viuda, y siento ser yo quien le traiga la noticia, pero así es la cosa. Váyase preparando los lutos, que se quedó sin hombre. Mi pésame, cristiana. Resignación.

Desde el punto y hora de la desgracia —un juego macabro del destino— se desarboló, como de un golpe, la estructura toda de la familia. Muerto el único macho de la casa, se concretó el descalabro en un malvender la tierra, el cercado de las papas, las plataneras descuidadas, el establo rebosante de estiércol sin secar. Diez hembras desamparadas, sin norte y sin apoyo, paseando sus hipos por la casa en penumbra y sonándose las narices enrojecidas de llanto y desconcierto.

—La desgracia no avisa, madre. Y ahora qué hacemos.

—Y ahora qué hacemos, mi niña. Y ahora, qué.

Las cuatro hijas mayores, bordadoras de ajuares, costureras de sábanas de hilo a la espera del novio, paseantes de parques dominigueros donde ofrecer su honra bien guardada bajo la sombra cómplice de los tilos, se miraban las manos, desorientadas y miedosas.

—¿Y ahora, madre...?

Las cinco más pequeñas, jugando a la pelota con su futuro incierto, hundiendo los dedos en el cuajo de la leche de cabra que ha de fermentar el queso tierno de cada mañana.

—La baifa ya no da leche,
la baifa ya no da,
la baifa ya no,
la...

Ojos estrábicos de Mariquita Inés, piernas torcidas de Olga Rosa, mocos colgando de Candelarita, diez meses de diferencia entre cada hermana, Chonita la Majorera madre ubérrima de hijas multiplicadas hasta el infinito, Chonita la Majorera paridora de mujeres ágrafas, de mujeres hambrientas, de mujeres canarias, estetas de la miseria y la oscuridad.

Allá por Pascua de Resurrección —cuatro años de sequía y el agua de los pozos del conde cotizándose como lingotes de oro— se acercó hasta la casa del difunto Roque Santana un paisano suyo de Agüimes, compañero de quinta cuartelera y medianeros los muros de su casa en los años de infancia.

—Estooooo... Chonita, oiga: ya usted conoce mi amistad antigua con su difunto, ¿verdad?

—Sí, hombre.

—Bueno. Más vale. Yo quiero que usted me interprete bien, ¿oyó? Quiero que usted me atienda tranquilita y se piense con calma la respuesta. Una idea que yo tengo, ¿me comprende?, una idea que me anda dando vueltas desde que usted enviudó, porque me quita el sueño ver este rebaño, esta jarca de criaturas sin cobijo pasando miseria, sin nadie que les eche una manita...

Estaba el cielo pardo, algodonoso. Una capa de brumas taponando la atmósfera, aplastando las cumbres, como intentando hundirlas para rastrear en vano los cimientos submarinos de la perdida Atlántida.

—Ya la tierra no le va a dar nada, cristiana. Ya no le queda apenas puñado que vender, ni ustedes pueden trabajarla, aunque quisieran. La tierra no la hizo Dios para hembras solas, ¿oyó? Yo vengo a proponerle un trabajito más

descansado y más productivo. En memoria de mi difunto amigo, que Dios tenga en su gloria como se mereció.

Chonita la Majorera consintió en bajarse para la costa a principios de mayo, a regentar el localito que el paisano de Roque tenía en propiedad en la playa de Melenara. Detrás del mostrador se alineaban en las estanterías las botellas de ron-miel, de whisky de importación y de coñac de marca y de garrafa. Se levantaba de madrugada para preparar la carajaca del aperitivo, las papas arrugadas y el mojo picón que despertaría la sed de los clientes y llenaría el cajón de billetes arrugados con olor a pesca recién sacada.

Desde la ventana —tenía un marco desencajado, hinchado de humedad, pintado de marrón y verde— podía ver las olas reventando contra el esqueleto roto del viejo muelle, y los hijos de los barqueros jugando con los charcos de la orilla cuando se retiraba la marea.

De noche, las cucas volonas surcaban el espacio, pesadas y zumbadoras, para dejarse caer en los bordes húmedos de la pileta, o entre las hileras de vasos puestos a escurrir. Algunos días —sólo cuando había resaca— pequeños cangrejos ciegos se aventuraban hasta los aledaños del escalón de la puerta, excavando cavernas en la humedad negra de la arena volcánica.

Olga Rosa, entre el aire salino y la mejora del alimento, adquirió una cierta derecho nueva y desconocida en los tobillos; Mariquita Inés —quién sabe si de tanto contemplar la raya azul

del horizonte atlántico— empezó a fijar las pupilas, posponiendo el bizqueo; las muchachas crecidas redondearon pechos y caderas sentadas en la arena, calando mantelerías con encajes prolijos; Chonita se encontró un día, sin saber muy bien cómo fue, con el paisano de su difunto metido en cueros bajo las sábanas, y sin pedirle más explicaciones se aprestó a alargar su mano derecha —toda callos y estrías de sal sobre estigmas de tierra— para masajear el viejo y lacio miembro desgastado que se le arribaba a los muslos como un gusano agonizante.

—Suavecito, mujer. Suavecito. Con cariño. Así... Así. Ya uno no está para muchos trotes, toíto se termina en este jodío mundo, hasta la hombría de un macho. Pero tú me la puedes resucitar con un pizquito de paciencia, ¿oíste? Con paciencia y con arte, Chonita. Ándale ya, mi niña. Ándale.

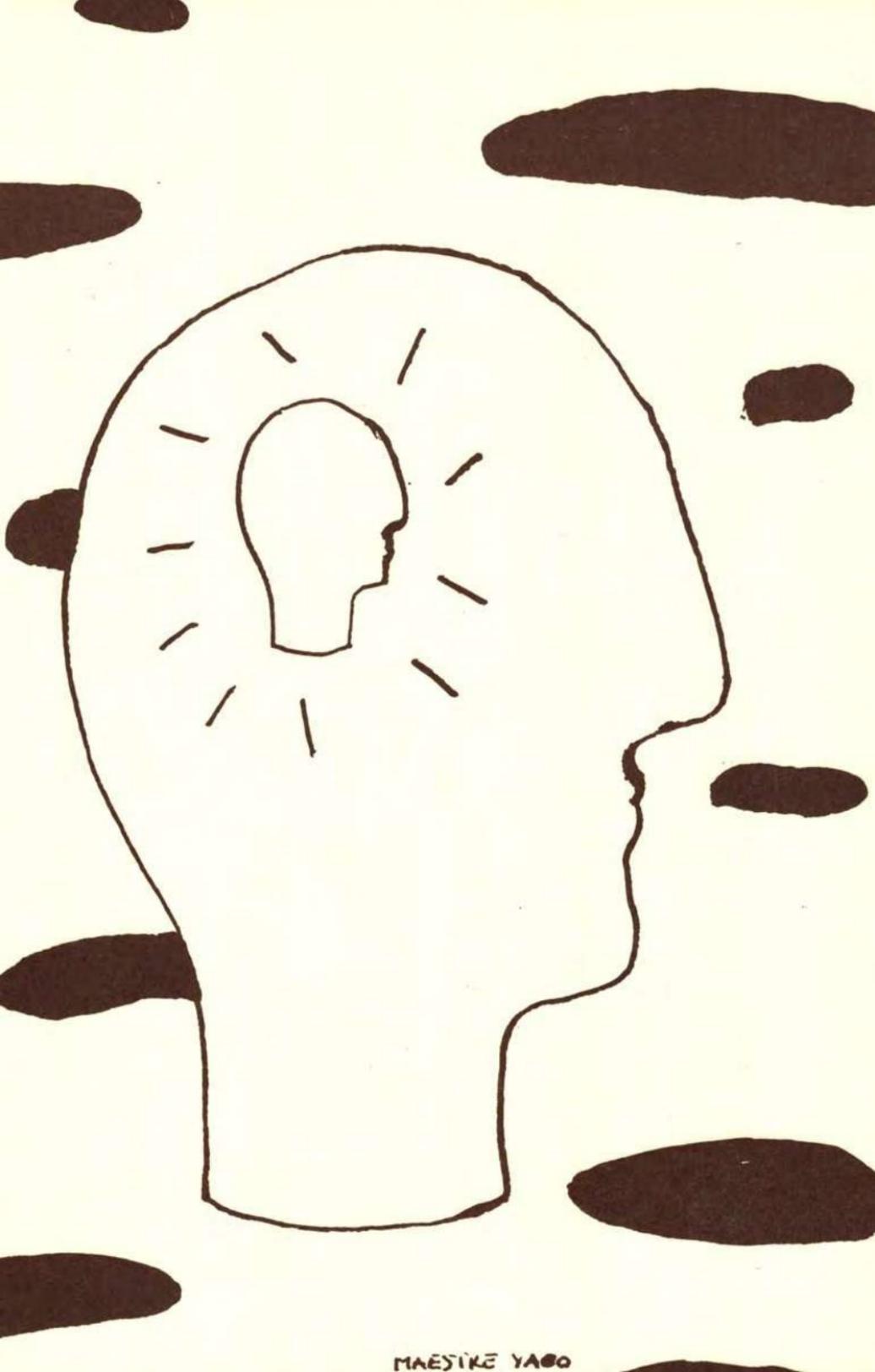
Los trece embarazos de Chonita la Majorera —tres veces malparió y perdió de un tifus, a los veinte meses, el único hijo varón que tuvo— habían prendido en sus entrañas incendiadas entre gritos y espasmos, sacudida por las embestidas feroces de Roque Santana el Guirre, de los Guirres de Agüimes, gallo de espolón duro y potente amador hasta el último día de su existencia. Cada noche habían crujido los somieres, habían temblado las almohadas, se habían desmoronado los músculos, ahítos de victoria, sobre el colchón caliente, mientras la tierra dura y seca —carbonilla y estiércol, lava y piedra— despedía un aliento cósmico de fertilidad, al otro lado de las paredes de la alcoba.

Tras su viudez, la hembra presentía la noche como una pleamar helada y húmeda, y la iba colgando con desgana sobre las guitarras y los timple que mullían las sombrías borracheras de los pescadores con una alfombra de fo-lías desafinadas, en la taberna de la playa.

Despacito, sin advertirlo apenas, vino a envejecer Chonita la Majorera frente al muelle derruido de Melenara; la costa negra festoneada de barcas de bajura pudriendo al sol sus viejos maderámenes; la costa engalanada de redes repujadas con las escamas secas de capturas pre-téritas.

Se fueron prostituyendo una a una sus nueve hijas, sin que la madre moviera un solo dedo para impedirlo, desde aquella otra madrugada hosca de septiembre, justamente por las mareas del Pino, en que vio, más allá de las rocas de hule mojado del costado del muelle, a su hija mayor, medio desnuda y con los cabellos esparcidos sobre la arena, dejándose besar, lamer y acariciar por cinco barqueros que apes-taban a ron agrio.

—Te desgraciaron la niña, Chona —se dijo entonces a sí misma, armando las palabras como un murmullo sordo que fue a perderse entre los rumores de la brisa salina. Y volviéndose a arrebuja entre las sábanas, donde roncaba a intermitencias su decrepitud y su borrachera el paisano de su difunto, apenas si se respondió, cansadamente:— Y ahora qué hacemos, vieja. Y ahora, qué.



MAESTIKE YAGO

LUIS ESTEVE IBÁÑEZ

Nacido en Elda (1957) y doctorado en Filosofía, he trabajado como profesor (interino siempre) en diversos lugares y centros.

Desde niño me ha seducido la lectura, especialmente las obras de ficción, y tengo a Jorge Luis Borges por modelo y maestro. Como autor he practicado la poesía, el ensayo, la narración breve, los guiones radiofónicos y los artículos periodísticos. Sin embargo, no me considero un escritor de oficio, sino un curioso anotador de costumbres que escribe para quedarse a gusto tras un combate consigo mismo. Me agradaría, en fin, ser tomado por un romántico más, amante de la naturaleza y escrutador de los sentimientos cotidianos.

Poco preocupado por las formas, busco una escritura clara y sencilla que me valga para plasmar situaciones fácilmente imaginables. Siendo reacio a formar parte de cualquier tribunal literario, he venido presentándome a los premios «Príncipe de Asturias» con el sano objetivo de evitar —perdónese me la inmodestia— ser recabado para formar parte de sus sucesivos jurados. Por último, a la literatura le pido que me dé amigos y nuevos bríos para seguir soñando con un mundo feliz y tierno.

LA CARPETA DE TORRENTE

Luis Esteve Ibáñez

EL CORPUS:

Prueba primera, parte primera:

«...»



PULSO las teclas de la máquina que impresiona las palabras del cuento que relata ciertos sucesos entre los que se encuentra el de unas manos que manejaban un teclado. En mi pensamiento se encadenan los pasajes de una historia, entre los que se halla el momento en el cual de una mente surgen las

imágenes conexas de la ficción. Me distrae el sonido de un televisor que en la historia que planeo interrumpe el transcurso de la vida de su personaje. Mordisqueo la boquilla del último cigarrillo, como devolviéndole a éste el daño que me producirá el regustillo culpable del alquitrán, adoptando así una de las numerosas actitudes contradictorias e irracionales tan características del personaje, pero impropias de mí. Soy el escritor al que le supone gran esfuerzo escribir, por lo que intenta dar a luz la figura de un creador que en ratos dispersos construye la obra sorprendente. Éste lee poco, más bien leyó; aunque ahora yo le estoy obligando a fatigarse con la lectura de lo que yo narro que él escribe. Y eso le disgusta terriblemente, tanto como a mí, que odio referirme a sus magníficas cualidades

y a su enorme poder de seducción. Yo le resulto pesado, y él no ha tenido más remedio que aguantarme hasta ahora. Por eso, sospecho que es fruto de la venganza su decisión de incluirme en su último relato como un ser gris, mediocre, rancio y de dudoso humor. No tiene pizca de gracia la cosa, pero no pretendo conmoverme lo más mínimo. Él que mueva sus hilos, que yo moveré los míos.

Si le gustase el ajedrez todo podría ir resolviéndose en otro terreno; y lo cierto es que sabe, entiende bastante, incluso en una ocasión lo vi sentarse (estaba como una cuba) para mover las piezas, justo cuando el vecino subió con el objetivo de «ver el partido juntos». Al vecino un día lo asesinaremos entre los dos. ¡Cielos!, estoy hablando de compartir algo con él, yo, el «besugo», juntando mis manos con las suyas en el cuello del vecino. Bueno, creo que me estoy excitando, mientras tanto él me mira impávido desde el reajo indiferente de su suficiencia. Juraría que está pensando: «eso es, besugo, aprieta fuerte, líquida al pelmazo de tu vecino y luego deja que la ley se encargue de ti, ya verás cómo te desaparecen los michelines en la cárcel». Me incita a la violencia para luego adoptar el papel de cínico moralista. Y el sanguinario es él, yo me controlo e intento que en última instancia siempre quede manifiesta mi satesatez.

No es la primera vez que un torpe escritor pretende atrapar lo que fluye de la inspiración de un cerebro ingenioso y lúcido creado por aquél en penoso proceso de defensa propia. Pero, como suele ocurrir en tales casos, no tarda en aparecer la traba de la terquedad del

supuesto genio que se resiste a ser comprimido en los estrechos márgenes de una literatura mediocre. El lector debe tomar partido, bien por la espontánea gracia del uno, bien por el lastimoso trabajo del otro; aunque la cuestión se ve complicada al ser yo el primer crítico de sus trabajos, y él el primer lector de sus propios textos por mí transcritos. Él se sabe admirado, pero su prosa pasa por mis manos. Por ello mismo, el valor de lo que yo concibo descansa únicamente en su fama. Prescindir el uno del otro es difícil, casi imposible. Para él sería el suicidio (aunque él habla de «ortotanasia» y la prefiere a mi compañía), para mí la náusea, que detesto por experiencia sobrada. De mi voluntad depende que algo quede impreso en este papel, pero su deseo de colaboración es indispensable para que aquí nazca algo que le pueda interesar realmente a alguien. «Si te emborracharas en alguna ocasión, tal vez pudiera surgir un punto de encuentro entre nosotros dos», me dice, sabiendo que soy totalmente incapaz de escribir ebrio, y que en ese estado el «punto de encuentro» se reduce a que él me domina a su antojo, lo cual aprovecha para tratar de imbuirme la impresentable opinión de que «él es lo real y yo la ficción», amén de otras ideas relativas a la vida y al control de las pasiones. «Estás muerto —me dice—, porque los locos están todos muertos, y tú estás loco como todos los locos que están muertos porque su cerebro ha perdido la conexión con el cuerpo, se ha deshecho el lazo, sois zombies». Bien, entonces —pienso— él no es sino creación muerta de un muerto. «No y no, no comprendes nada —prosigue—, yo habito en el cerebro vivo de un cadáver al que no

le pertenece su cerebro, porque los muertos no poseen nada, pero que sí me pertenece a mí porque soy el único habitante vivo de él, el único ser autónomo de tu ex-vida». Cosas como ésta son el tema de conversación sempiterno de mis borracheras, por fortuna cada vez más espaciadas ya que quien las disfruta es él. Desde un tiempo a esta parte prefiero el distanciamiento de la sobriedad, que me otorga la ventaja de poder escribir con libertad, además de su silencio...»

(De Juan Barón, *El escritor y el escribiente*. Alhambra, Madrid, 1987, en prensa.)

Prueba primera, parte segunda:

Creo, querido tío Fernando, que en estas páginas del libro del pobre papá encontrarás la clave de su extraño estado mental. Nadie mejor que tú, desde tus profundos conocimientos teológicos y humanísticos, podrá encontrar su interpretación adecuada.

Mañana marchó al seminario dispuesto a entregar mi vida al servicio de Dios y de mis prójimos en quienes Él se encarna. Escríbele al padre director recomendándome y exhortándole para que tenga la paciencia necesaria a la hora de instruir y orientar a este joven devoto.

Espero alcanzar algún día el estado de gracia que me abra las puertas de la orden de los claretianos en que tú ofreces la vida al Señor desde que, como yo, cumpliste los dieciocho años.

Te adjunto unas letras de mi madre en las que se aprecia —te ruego la bendigas— la dureza de la difícil situación por la que está atravesando en los últimos tiempos.

Recibe un abrazo fraternal de tu sobrino.

Madrid, 18 de mayo de 1987
Luis Fernando Barón Encinas

Estimado cuñado:

Tu hermano Juan necesita urgentemente de un exorcismo. Ya sabes que yo nunca he sido muy creyente; pero las circunstancias tan adversas a las que me he visto sometida últimamente me han hecho recapacitar mucho. Creo que es la única solución viable a sus problemas. Habla con el prior de tu orden a ver si lo pudiese atender algún doctor de Roma.

Ruega a Dios por el alma de tu hermano y ve en tu triste cuñada a una mujer desquiciada por la vida.

Deseo ansiosamente tu intervención.

Ángeles Encinas

Prueba segunda:

Querido hermano Fernando:

Sirva ésta de testamento final.

Ayer mi hijo marchó al seminario, y esta mañana mi mujer ha salido en dirección desconocida llevándose todo aquello de valor que le interesaba. Yo, Juan Barón, deseando que mi hijo Luis Fernando sea novicio instruido teórica y prácticamente en los deberes del estado

religioso, según el espíritu y las prácticas de la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María; y que mi esposa, Ángeles, supere definitivamente toda controversia interna, declaro:

Que mi libro es un tratado final sobre la muerte y la inmortalidad que intenta recoger los aspectos médicos, filosóficos y teológicos de la muerte, con un estilo asequible, regular presentación, criterio muy seguro, y que no supone conocimientos de filosofía profundos.

Madrid, 19 de mayo de 1987
Juan Barón

P. S.: «El literato, con las sinceridades y con los errores vertidos en sus producciones, arrinconado en miserable zaquizamí, astroso, rigiendo (porque esto hace realmente) después de muerto, desde su sepultura, naciones y generaciones enteras que en vida apenas se dignaron darle un mendrugo con que arrastrar la existencia, ofrece al mundo uno de los más interesantes cuadros. La forma de su heroísmo es del todo inesperada.» (Thomas Carlyle, **Los héroes.**)

Estimado presidente
de la Sociedad General de Autores:

*Jamás supuse cuando creé el personaje de Fernando Barón, misionero en la región brasileña de Fortaleza, en mi libro **La fuerza de la Cruz**, que iban a utilizar de tan extraña manera su vida, como ese escritor que va a publicar un libro en Alhambra bajo el seudónimo (supongo) de Juan Barón, presunto hermano de mi héroe Fernando, y que —además— se recrea en un hijo y en una esposa.*

El CORPUS precedente, compuesto de unas páginas del futuro libro del mencionado Juan Barón y de las tres siguientes, me ha sido remitido a mi casa —si bien dirigido a Fernando Barón— en dos recientes envíos, que yo he clasificado como «prueba primera» y «prueba segunda».

Ciertamente, mi personaje Fernando Barón dejó en España a un hermano casado, Juan, cuando decidió partir hacia las misiones. ¿Quién (o quiénes) me ha enviado todo lo anterior? Nadie conoce en la editorial Alhambra la auténtica identidad de tal Juan Barón. El manuscrito de su obra les llegó por correo y los contactos con él, escasos e interrumpidos desde hace algunos meses, se hicieron por teléfono.

Yo le presento en esta carpeta las pruebas de lo que estimo que es un caso asombroso de difícil solución. ¿Podría hablarse de una usurpación de personalidad o, acaso, de utilización ilegal de una creación literaria? En sus manos pongo este caso que no dudo, si fuera menester, llevar a los tribunales.

Atentamente,

Gonzalo Torrente Ballester
Madrid, 24 de mayo de 1987



ALBERT FORMENT I ROMERO

- Licenciado en Historia Contemporánea por la Universidad de Valencia.
- Tesis inédita de licenciatura titulada «La ideología fascista de José Antonio Primo de Rivera».
- Auxiliar de archivos y bibliotecas en el Ayuntamiento de Sagunto.
- Becado por la Conselleria de Cultura, Educació i Ciència de la Generalitat Valenciana para una estancia de un mes en Toulouse, para hacer un estudio sobre la red de bibliotecas públicas de la ciudad.
- Miembro del Consejo de Redacción de la revista «Braçal», y secretario de la entidad editora «Centre d'Estudis del Camp de Morvedre».

EL MÉDICO ANDORAIN

Albert Forment

E



L médico Andorain extendió su firme y sangrienta mano hacia el respaldo del gran sillón neoclásico que ocupaba el centro de su terrible y magnífica biblioteca. Lentamente, aspirando el aire con alegría, agarró el brazo izquierdo de la butaca, el cual quedó manchado de sangre fresca, y sonriendo, terminó por recostarse como si su mueble preferido fuera una recién excavada tumba y pudiera oler el sabroso perfume de tierra húmeda, gusanos vivos y flores marchitas de campo-santo.

Me llamo Andorain, señores, y soy médico. Poseo un cráneo braquicéfalo, unos hondos y helados pies cavos y una perseverante y dulce cirrosis que quema a fuego lento mi hígado. Pero ante todo, señores, me descubro: si por algo me distingo es por mi enfebrecida y gloriosa pasión: ¿conocen ustedes qué es un libro? Ni siquiera lo imaginan. Pero yo sí lo sé. Un libro es un libro de medicina publicado entre el 1 de enero de 1890 y el 31 de diciembre de 1910, encuadernado en brillante vitela roja. Eso es un libro: el resto, escoria. Y ésta es mi pasión: Jesucristo sufrió la cruz unas horas, apenas unos instantes, y le protegía su inmortalidad. Yo resis

tiré mi pasión por los siglos de los siglos, mortalmente, sin soportes divinos. ¿Y qué es un libro? Mi biblioteca, señores, mi biblioteca, la cual comprende uno y todos los libros.

Conozco a Andorain desde hace ya varios años. Hemos diagnosticado y operado juntos centenares de veces, casi desde los inicios de su carrera médica. Es un hombre muy capaz, un gran profesional, que se ha labrado a golpe de esfuerzo y trabajo la reputación de ser el mejor cirujano de todo el hospital. Destaca por su fina y sutil capacidad de razonar y por sus enormes conocimientos, aunque es cierto que desde el invierno pasado, no sé, parece como si ya no leyera nada de nuestra especialidad. Solíamos comentar los últimos artículos que habían aparecido en el «American Journal of Bio-Medical Sciences» y en otras revistas médicas. Pero ya hace meses que no discutimos sobre estos temas, y francamente, no comprendo qué ha cambiado en él.

El médico Andorain era un profesional conspicuo, ejemplar, ilustre, sobresaliente. Algunos de sus compañeros dedicaban sus muy sustanciosos ingresos a la ostentación social, otros al coleccionismo de arte, y los más rijosos, al alquiler de putas de lujo. Andorain invertía su dinero casi exclusivamente en libros. Primero adquirió enciclopedias médicas, estudios de patología, de anatomía, de farmacología, terapéutica y toxicología. Cuando se especializó en cirugía, sus compras se hicieron más concretas

y específicas y las palabras brotaron densas en las portadas de los nuevos volúmenes: sindes-mología, aponeurosis, vianas sinoviales, sistema hematopoyético, bolsas serosas. Se suscribió a las mejores revistas médicas europeas y norteamericanas. Al tiempo que sus libros médicos se cernían y acotaban a sus necesidades de estudio e investigación, su biblioteca, a la par que su enorme curiosidad intelectual, se abría a los libros antiguos, a los facsímiles y a la bibliofilia. Visitaba las librerías de viejo con mecánica asiduidad, y en ellas era apreciado por su refinado gusto y sus voluminosas compras. Un lluvioso día de octubre, mientras callejeaba un tanto azorado por la zona vieja de la ciudad, medio empapado de lluvia, topó con un librero conocido suyo, quien, muy contento, lo arrastró al interior de su establecimiento. Allí le confesó que acababa de adquirir un precioso ejemplar que podía venderle a muy buen precio: era un manual de ginecología de 1900, cuya cubierta, más bien vulgar, había sido forrada con vitela de un color rojo brillante.

Oh, señores, qué día aquél, el de mi primer encuentro, el de mi primera pasión. Creí tener una meta, un fin, y un método. Mi ingenuo y demente deseo era curar los cuerpos enfermos, traer el verdadero y real consuelo al mundo de los vivos, luchar contra el vesánico dolor que juzgaba inhumano: un tumor extirpado, un pulmón recompuesto, un corazón con marcapasos, señalaban la victoria de la Ciencia y del Siglo. Mi fin era la lucha contra la incertidumbre de la existencia, quería reconocer en el cuerpo humano

la certeza de la vida, una sístole y diástole gloriosas y triunfantes. Y qué magnífico método había compuesto la mente de los hombres: el Método Científico. Jugaba con él como luego jugueteé con el escalpelo. Aprendíamos paradigmas y luego los destruíamos, catalogábamos síntomas y reconstruíamos procesos malignos, erigíamos hipótesis y las enterrábamos con inducciones y deducciones. Pero lo más sublime era el milagro técnico: el estetoscopio había retrocedido con sus burdos mecanismos de ampliación auditiva a la más retrógrada edad de piedra médica, y ahora nos extasiábamos ante el nuevo dios tecnológico informático y seguíamos asombrados las evoluciones del último de sus profetas: la Tomografía Axial Computerizada. Y fue una tarde otoñal, de viento y lluvia, señores, cuando descubrí la verdad. Ante mis ojos apareció, potente y furioso, un manual de ginecología rojo sangre, palpitante, vivo, una obra maestra no de factura ni de ejecución, pero sí de sentimiento, de fuerza, de instinto vital. Aquel libro destrozó mi alma, entró en mí como el bisturí incesante e inagotable que remueve las carnes doloridas del enfermo de cáncer, conduciéndome hacia la verdad única de mi existencia.

Mi librería, en efecto, no es un gran negocio comercial, aunque me basta para ganarme la vida. Disfruto mucho entre estas cuatro paredes repletas de ejemplares agotados y volúmenes de reventa. Los libreros de viejo somos los últimos románticos del libro, una suerte de antihéroes de la cultura. Nuestros clientes nos escogen a nosotros tanto como nosotros los

escogemos a ellos: es nuestra particular dialéctica del libro. Aquí se presentan profesores universitarios, intelectuales, periodistas, gentes con cultura. A muchos los conozco desde hace años, por ejemplo, sí, al doctor Andorain, que es uno de nuestros clientes fijos, y por cierto, uno de los más raros. La primera vez que vino aquí aún era estudiante de medicina, hace ya bastante tiempo de esto. Creo que estaba en el último curso. Siempre fue hombre de gran curiosidad intelectual, un bibliófilo experto e inteligente, y gozaba de cierta intuición libresca. Compraba regularmente. Yo le guardaba aquellos libros que pensaba podían interesarle. Ahora ya no es un verdadero bibliófilo, y si la palabra no fuera muy fuerte y usted me lo permite, lo definiría como un maniático buscalibros. Es algo incomprendible. Que una persona de su talento, de su talla, se transforme de la noche a la mañana en un vulgar coleccionista... Ahora sólo adquiere libros de medicina, de finales del siglo pasado y principios de éste, pero, y esto es lo más extraño, rechaza todos aquellos que no estén forrados en vitela roja.

El médico Andorain entró en su biblioteca con el manual de ginecología recién adquirido en la mano. Se acercó a la estantería del centro de la habitación, justo delante de su mesa de trabajo, y lanzó al suelo los exquisitos libros del siglo XVIII que estaban dispuestos en el estante central. En su lugar colocó el tratado ginecológico encuadernado en vitela roja y, a cada lado, para mantenerlo erecto, emplazo dos estilizados sujetalibros de madera de caoba

esculpidos en forma de mujer: representaban a la diosa Afrodita, la diosa griega del amor. Después descolgó el teléfono y llamó a una empresa de calefacción: esa misma tarde tres técnicos de la empresa instalaban en un rincón de la biblioteca una estufa de leña. Al filo de la medianoche, poco después de irse los tres empleados, Andorain recogió uno de los volúmenes dieciochescos que yacían tirados entre los escombros producidos por las obras, impreso por Antonio Sancha, y arrancó sin dudarle unas cuantas páginas, con las cuales probó el tiro de la chimenea. Lo que quedaba del ejemplar siguió el mismo camino, al igual que los desgraciados y valiosos libros que, esparcidos, y pisoteados por toda la sala, habían sido sustituidos en la balda por el tratado ginecológico. Una vez caldeada la biblioteca, el doctor Andorain se apoltronó en el sillón neoclásico que complementaba su mesa de trabajo y allí permaneció, mirando fijamente su amado libro, por el cual había cometido tal masacre cultural, hasta el amanecer.

Desde siempre, señores, he sido una persona apasionada. Concédanme la gracia de no confundir mi particular humanidad con el estigma de la locura. Como profesional puedo asegurarles que su diagnóstico pecaría de incongruente y falso. Intenten comprenderme. Yo preciso exacerbar al máximo el sentido de los actos que realizo si quiero darle alguna vitalidad a mi vida. Y no me vengán con sermones sobre la quema de libros. Me dan risa sus gritos histéricos, sus monsergas seudoculturales, sus mitos intelectuales. A mí qué me importan. Vivir,

yo quiero vivir, y si para ello me veo obligado a lanzar a las llamas papiros, códices, incunables y las obras manuscritas de Shakespeare y Cervantes: ¡adelante con los infiernos! La cultura universal es una infamia, una mentira. Volvamos todos al espíritu individual y riguroso de la cultura. Escuchad atentamente, señores: sólo la relación única y privilegiada del hombre con un objeto exclusivo y perfecto conforma la firme base sobre la cual asentar la palabra cultura. Yo he descubierto, partiendo de un tratado ginecológico impreso en 1900, encuadernado en una maravillosa vitela roja sangre, que la cultura reside, en mi peculiar caso, en los libros de medicina publicados entre los años 1890 y 1910. Este descubrimiento ha surgido espontáneamente, de forma vital, como una revelación. Cuando reúna en mi biblioteca todos los libros existentes que reúnan esas características, y tardaré años en conseguirlo, la humanidad reconocerá en mí el precursor de la nueva cultura, es decir, su redentor.

Pues qué quieren que les diga. El señor Andorain es muy buena persona, es buena gente. Cuando voy a su casa a hacerle las faenas del hogar, ya sabe, lavar el suelo, fregar, quitar el polvo, limpiar los cristales, en fin, ordenar un poco la casa, siempre se porta muy bien conmigo. Hace lo menos tres años que soy su asistente y nunca he tenido ningún problema. Al contrario, me paga mejor que los demás. Y es un hombre que seguro que sabe mucho, porque tiene una biblioteca muy grande, con muchos libros. De todas maneras, últimamente se ha

vuelto un poco rarillo. El otro día, sin ir más lejos, estaba pasando la aspiradora por unos libros (por cierto, ahora casi todos sus libros tienen tapas rojas) cuando entró él en la biblioteca, me vio, y comenzó a chillar, a decirme que qué hacía, que no volviera a tocar sus libros, que ésa sería la última vez que entraba en la biblioteca, y tonterías por el estilo. Se ve que está muy nervioso estos días. Pobrecito, algo malo debe de pasarle.

El doctor Andorain vivía solo. Dos veces por semana, la mujer de la limpieza, una señora muy cuidadosa y cumplidora, pasaba por su apartamento. No coincidían muy a menudo. Cuando se encontraban ambos en casa, él se comportaba amablemente, con corrección, incluso con simpatía. Pero ya no soportaba que entrara en su biblioteca. Desde que ésta se había convertido en un arrebolado mar de lomos de vitela encarnados le enervaba la idea de encontrar a alguien junto a sus amados libros. Se lo había advertido, pero la asistenta, obsesionada por la pulcritud y el sentido del deber, y convencida de que eran manías pasajeras, no le hacía demasiado caso. Así que cuando entraba en la casa y percibía que el doctor Andorain se había ausentado, iba a la biblioteca y se lanzaba furibunda a una batalla campal contra la mugre y el polvo. Un día cualquiera, mientras guerreaba plácidamente en la biblioteca, el doctor, de improviso, volvió a casa. Oyó ruidos en su biblioteca y se lanzó alocado por el pasillo. Abrió de un empujón la puerta y distinguió cómo la asistenta le daba con el trapo al estante

en donde había colocado el tratado de ginecología. Fuera de sí, el doctor Andorain tomó el abridor de cartas que había sobre su mesa de trabajo y lo hundió con precisión profesional en el tercer espacio intercostal izquierdo de la asistente. Ésta se derrumbó sobre el brazo del médico, manchándole la mano de sangre fresca.



Ilustración: PATROCINIO NAVARRO

LUIS FERNANDO BERNABÉ PONS

Nacido en 1963 en Elda.

Licenciado en Filología por la Universidad de Alicante.

Trabaja en el Departamento de Estudios Árabes e Islámicos de la misma Universidad.

Obtuvo mención especial en el concurso de poesía «Café Lluna» de Elda.

Incluido en la Antología *Escrito en Alicante. Muestra de Poesía Joven* (Diputación de Alicante, 1985).

TU AMANTE HERMANO

Luis F. Bernabé

Mi muy querido hermano:

E



N estos tiempos en que la muerte ha extendido su negro manto por todas las tierras de la cristiandad, escribo estas palabras sabiendo que serán las últimas que recibas de mí. La Parca, que parecía haberme esquivado invocando mi condición de extranjero en estas tierras, viendo que su labor estaba concluida con los hijos de estos lugares, ha vuelto su mirada hacia mí invitándome a compartir su postrer abrazo. Porque sé que estarás extrañado de mi silencio durante estos años y que te llegarán confusas noticias sobre mi persona, me dirijo a ti como al último eslabón que me liga con la humana vida para darte cuenta de mis postreros alientos.

Ya hace mucho tiempo que salimos de casa a recorrer las plazas primero, los palacios después, para cantar nuestras trovas y ganar sustento y fama. ¿Recuerdas nuestros versos? Éramos alegres y llenos de vida, prestos a cantar a la dama más hermosa que nos honrara con su favor.

Nunca he querido ser de vos
sino siempre el amigo
más solícito...

Sí, todavía tengo presentes tantos versos con los que incendiábamos noches frías y apurábamos los dones del amanecer. ¡Qué de cantar a nuestras damas! ¡Qué de recrear su hermosura! Fueron alegres jornadas las nuestras por las principales casas de Castilla y Aragón, los dos hermanos trovadores con sus finas coplas, ¿recuerdas?, los dos hermanos Dalaiz deleitando las mejores mesas y los salones principales; sí, buenos tiempos para dos jóvenes entusiasmados.

Después, la dura separación; aún después de tanto tiempo no logro acertar a comprender el porqué de tu negativa a marchar a Roma con el duque de Asunción; nuevos horizontes se abrían, la fresca y radiante campiña de allende los Pirineos se ofrecía sinuosa y agradable, la tierra de los divinos poetas nos llamaba a su lado y tú preferiste los secos campos castellanos. Pero no te acuso de nada, tú tenías a Isabel y yo solamente nuestras trovas, así que la elección tenía para mí un solo lado posible. Créeme, Alonso, fueron éstos unos años de gran ventura y prosperidad para tu hermano, y el motivo de no escribirte fue producto de mi natural, que tiende a no hablar de cosas graves cuando la alegría me embarga, y otrosí, un pequeño fastidio que sentía por ti al pensar los innúmeros goces que te perdías, pensamiento que produce ahora en mí, querido hermano, una gran desazón.

Fueron tiempos de marchar de palacio en palacio con mis cantos y mis coplas, divirtiendo y alegrando a venecianos, toscanos y florentinos por igual; todos peleaban por llevarme a sus magnas fiestas, e iba de brazo principal a brazo real hasta que caí en el más dulce y cruel

de todos ellos; de pronto, una visión me dejó sorprendido, abandonado, aniquilado. Juan Daliz, cantor de las principales y más hermosas damas de todas las cortes, quedaba deslumbrado y vencido ante la divina belleza de la condesa Marina D'Orghi. Todas las mujeres de la corte toscana quedaban convertidas en rostros vulgares ante esa angélica figura; sus ojos, su boca, su pelo, todo parecía demostrar que los humanos seguimos unos planes divinos establecidos, y el asignado a Marina era el de mostrar a los humanos la Belleza en su estado virginal, absoluto.

Desde aquel momento, toda mi poesía fue para ella, con ella y de ella. Fue mi señora, la poseedora de todas mis voluntades, el lazariello de mis actos y la musa inspiradora de mis letras. Todo el amor que leímos ávidamente de Capellanus y Hebreo lo puse a su servicio, los sonidos más dulces de mi vihuela se tornaron para ella, las palabras más amorosas de mi pluma eran para ella, todo yo era el más humilde de los esclavos para ella... sin ella. A todos mis poemas y atenciones contestó con frío desdén, con estudiada indiferencia, con despiadado desinterés. Sí, sé que me dirás que era lo esperable, pero, hermano, es difícil seguir las normas del Arte escritas en fríos y muertos papeles cuando Amor te lacera profundamente con sus armas. Todas estas trovas recorrieron las cortes del Mediterráneo, y posiblemente tú mismo hayas oído o leído alguna de ellas, pero Marina D'Orghi no tenía oídos para ellas ni merced para mí. Mi querido hermano, yo aprendí en el norte de África con el duque la tibieza de una piel presta a ser ultrajada y este desprecio por el amor me era tan doloroso que sólo invitaba a la

muerte, y a ella me dediqué de lleno de la manera más dura para alguien de mi oficio, puesto que desde entonces me resolví a quedar mudo y ciego: no escribir cosa alguna, aun a costa de vagar de calle en calle suplicando algo de comida.

Cuánto se divirtieron a mi costa los personajes que antes me buscaban solícitos; *il trovadore spagnolo muore per l'amore*, decían entre risas cuando rechazaba ir a sus fiestas y despreciaba su dinero. Así, poco a poco, fui alejándome de aquella mi anterior vida para ir hundiéndome en la miseria más terrible; con unas pocas clases de música apenas llegaba para algo de comida y vino, pero, en realidad, no me importaba demasiado, y, por eso, cuando el terrible mal comenzó a devorar toda la tierra sin distinguir entre notables y miserables, ministros de Dios o del Demonio, lo entendí como una respuesta a mis pensamientos, a mis deseos de que todo acabara en breve. Pero qué lejos estaba de imaginar lo que el Destino, con sus enigmas insondables me deparaba, qué frágiles son nuestras cavilaciones al lado del tortuoso devenir. Cuando el Domo dio orden de que los moribundos fueran apilados en los portales a fin de que los carros fueran recogiendo para enterrarlos lo más pronto posible (de tal manera les desbordaban las muertes), había que ir con sumo cuidado por exacto medio de las calles lo más rápido posible para evitar que la terrible enfermedad te sorprendiera desde una de esas pilas. Una tarde que marchaba a mi aposento con paso presto para evitarme el paisaje de quejidos y pestilencia, al pasar al lado de uno de estos montones de cuerpos sentí un vuelco en el corazón; sólo había mirado un fugaz instante,

pero estaba seguro. Como un muerto que ha salido de su tumba me volví y me fijé; sí, era ella, Marina D'Orghi, casi irreconocible tras las infinitas llagas de su rostro, otrora sin par. De pronto, abrió los ojos, que conservaban el pálido azul que me hizo ver el cielo en ellos, y me miró, llenándose pronto su cara de lágrimas y su cuerpo de temblores.

Debí entonces perder la razón, porque en lugar de marcharme y paladear esa venganza que el destino había puesto en mis manos aparté los dos pestilentes cuerpos que ella tenía sobre sí y la recogí cuidadosamente entre mis brazos; no sentía nada, ni placer, ni pena, nada, incluso mis sentidos corporales parecían haberme abandonado durante el trayecto hasta mi aposento con mi adorada Marina.

Allí fue objeto de mis mejores cuidados; varios médicos, y sólo yo sé, Alonso, lo que costó convencerlos para que vinieran, le dieron sus pócimas y remedios para que sanara; ella era toda mi vida anterior y futura, y luchaba para que no volviera a marcharse de mí. Al cabo fue mejorando, y las llagas de nuevo dejaron lugar al más maravilloso rostro que ha tenido ocasión de ver el hombre, y allí, en ese miserable espacio que ahora habitaba, canté de nuevo mis mejores canciones sólo para ella, puse todo mi antiguo oficio en el empeño y de nuevo el verdadero amor, aquel que nunca cantarán zaharrones y ministriles, me elevó a las cimas del Arte, sólo que esta vez tenía un público único, que era el que yo deseaba.

En torno a la cama de mi señora fui desgranando mi amor, mi locura, combatí con saña fiera todo aquello que nos distanciaba, afilé todas mis armas como mejor sabía y vencí, el torneo

tenía al fin un ganador; el antiguo orgullo y la altivez soberana habían sido derrotados por aquel que esperaba su galardón, y todos los serafines de los reinos celestes cantaron ante mí; un millar de flores se abrieron a mis pies para ofrendar su aroma prístino al campeón de las justas.

Al fin Marina murió, su mal estaba ya tan dentro de ella que mis cuidados sólo sirvieron para dulcificar un poco su muerte, y, tranquilo, me di por satisfecho con la oportunidad que el destino hizo caer en mis manos. Yo fui de ella y ella fue mía al postrer de la vida y esto ha hecho serenar mi ánimo. Ni siquiera las llagas que comienzan ya a poblar mi cuerpo me alertan o desalientan: mi señora ofreció todo su amor y yo como tal lo acepté, no me arrepiento de nada puesto que fui yo quien solicitó su favor; ella nada me debía y a la muerte concedió su voluntad y la mía, lo demás poco importa ahora en este mundo que se desmorona.

Por eso, hermano, mi querido Alonso, te escribo estas líneas cuando ya la mano tiembla y Caronte aguarda impaciente mi llegada. Piensa que muero contento y consuélate con ello; no creas todo lo que se dirá de mí, y cuando pienses en el futuro en tu hermano Juan, recuerda estos sus versos:

Tu amor, señora, dicen
que es causa de muerte;
 amadme entonces midons,
 hasta al fin poder verte,
y ten presente que marchó de este ingrato mundo recordando a su hermano que quedó en Castilla, haciendo caso a su vida. Tu amante hermano.

Venecia, en el día de Pascua de 1369



Surmen Aslan

Ilustración: CARMEN CASTAÑO

**JOSEFA MARÍA
CRESPO PÉREZ-BENEITO**

Nace en Novelda el 2 de marzo de 1961. Estudia EGB allí, en el Colegio de las Hermanas Carmelitas, y en Alicante, en el Colegio Jesús-María. Termina el BUP y el COU en el Instituto Nacional de Bachillerato de Novelda, en el año 1979. Después contrae matrimonio y se traslada a vivir a Elda, donde reside desde entonces ocupándose del cuidado de su familia.

LA AUSENCIA

Josefa M.^a Crespo Pérez-Beneito

S

SIEMPRE había sido feliz. Llegó a esa conclusión tras eliminar de su memoria, uno a uno, todos los pasajes que pudieran tener algo de tristes, de oscuros, en su niñez, en su adolescencia y en el tiempo transcurrido hasta la muerte de la abuela Catalina.



Sus pensamientos se detuvieron en ese punto. Afuera continuaba lloviendo a cántaros. Fue aproximándose hasta la casa, corriendo de árbol en árbol, buscando inútilmente una pausa entre tanta agua como le estaba cayendo encima. Por fin llegó a la casa, subió a su habitación y arrojada en un albornoz, se recostó en el sillón del dormitorio esperando entrar en calor. Medio adormilada, dejó sobre la mesilla el libro de Caballero Bonald que no conseguía terminar de leer: por más que lo intentaba le resultaba tedioso. A continuación fue contemplando la estancia, ejercicio que la llenaba de una dulce y tibia sensación de seguridad. Sus ojos se fijaron, por enésima vez, en la tapicería de cretona inglesa, de dudoso gusto, que como un estallido azul, lo llenaba todo. Miró la butaca, las cortinas, el tocador y la cama. Sobre ésta había colocado un espejo, de madera sobredorada, que perteneció a la abuela. Siempre le había gustado aquel espejo, que para ello tenía el magnetismo de las evocaciones indefinidas,

fugaces, pero absolutamente gratas. Ahora que lo miraba detenidamente, reconoció que en realidad se trataba de un objeto bastante vulgar. Esta idea le repugnó y la desechó de inmediato.

El espejo reflejaba la repisa, de mármol verde, del tocador. Estaba llena de retratos de familia, referencias preciosas a otros tiempos.

Le gustaban sobre todo los portarretratos de plata, en especial uno ovalado, recogido en su perímetro, por un gran lirio «Art-Décò». No sabía exactamente a quién había pertenecido, pero entre todas las hipótesis peregrinas que había escuchado en la casa, se quedaba, sin dudar, con la de su padre. Según él, fue un regalo del abuelo a la abuela Catalina, después de su legendario viaje a París en el veintinueve. Desde luego, el punzón era francés, pero como diría Remedios, la guardesa, «había que echarle un galgo».

De inmediato vino a su memoria, inevitablemente, la muerte de la abuela. Esta idea le producía una sensación terriblemente ácida, pero no obstante, no podía hacerla desaparecer. Como en un acto de exorcismo, repasó con desgana sus recuerdos, que se le aparecieron con una nitidez clarividente, quebrándole algo muy íntimo. Había estado muy unida a la abuela. Desde niña, pasó las largas temporadas de verano en la finca Los Romerales, y aquel cúmulo de sensaciones que le provocaban el campo y la casa en la que se encontraba, espoleaban con fuerza en su recuerdo.

Con la abuela podía hablar de todo. Era una mujer muy culta, y a pesar de su ancianidad, conservaba una envidiable memoria, que unida a su talante abierto y a su experiencia,

la hacían la conversadora ideal. Además, ella nunca se extrañaba cuando le contó las extravagantes ideas que a menudo surcaban por su mente. Hasta se diría que se complacía con las excentricidades de la nieta: las llamaba «cosas de los Romeros», su familia, en la que incluso había habido algún que otro desequilibrado, aunque ella siempre tenía la precaución de puntualizar que «nada serio, ya sabes».

Cuando la abuela murió a todos nos pilló desprevenidos. Sus achaques eran algo ya habitual. Nadie les concedía demasiada importancia, ni ella misma lo hacía.

La muerte le llegó a media mañana: «Éstas no son horas para morirse; estoy decepcionada». Fue lo único coherente que llegó a comentar con el doctor. Cuando éste se fue, pidió a Remedios que le acercase su Libro de las Horas, y con él entre las manos, fue llamando uno a uno a todos nosotros. Ninguno hablamos después de lo que nos dijo. Estoy segura de que nunca lo haremos: a ella no le hubiera gustado, al igual que tengo la certeza de que si hubiese podido marcharse de su propio velatorio, lo habría hecho sin dudarlo, en uno de sus gestos elegantemente sorprendentes.

La abuela murió con sus Horas entre las manos, repitiendo mecánicamente frases del «Obsecro», su oración predilecta desde que comenzara su enfermedad.

Tras el impacto inicial, la máquina de mamá empezó a funcionar con su eficiencia habitual. Se puso a dar órdenes referentes al traslado del cuerpo a la sala de abajo; la ventilación y limpieza de la habitación de la abuela, la disposición del túmulo, las flores, las velas,

las notas a repartir, las llamadas a efectuar... Aproximadamente a las dos horas estaba todo impecablemente dispuesto, y de inmediato comenzaron a acudir a la llamada las primeras visitas. Entraron los De la Fuente-Vega, padre e hijo; el notario Ramón Arreces Brazo, que en otros tiempos pretendió a la abuela; D. Nicolás, el Canónigo de Berzales, y el matrimonio Fernández de Ibarra, «íntimos de la familia».

Padre nos sugirió, de manera inapelable, como le era habitual, que fuésemos Rosario y yo quienes recibiéramos a las visitas, especialmente a «los de casa». Afortunadamente éstos no eran de los más pesados. Se limitaron a tomar café y a permanecer sentados en la sala, dando conversación al resto de la familia. Nadie parecía demasiado afectado. Se escuchaban frases como «son cosas de la edad» o «a todos nos llega antes o después...».

La excepción fue Remedios: la pobre lloraba sin cesar metida en la cocina, y pese a que mi hermana Rosario entró repetidas veces a consolarla, ella pareció ignorarla. Sólo le habló para pedirle «por el amor de Dios» que la dejara sola. Durante toda la noche estuvo ausente, saliendo de su letargo para el recuento de las cucharillas de plata que acompañaban las tazas de café, y que meticulosamente contaba cada vez que se remitía un servicio a la cocina. Esta actividad tan pintoresca obedecía a que, según contaba Remedios a menudo, durante el velatorio del abuelo, los visitantes se llevaron varias cucharillas, y eso la molestó bastante.

Por lo demás, la noche transcurrió en un continuo entrar y salir de gente. Unos se quedaban media hora, otros quince minutos. Tan sólo

permanecían inmutables en sus puestos los primeros en llegar: «los íntimos».

Después de una interminable velada, por fin amaneció, momento que aproveché para quedarme a solas en el cuarto de la abuela.

Era como su sancta-sanctórum. Había ocasiones en las que no salía de él en varios días, por lo que había ido reuniendo en su interior todas aquellas cosas de las que no podía prescindir. Allí estaban sus objetos más personales, incluidos sus libros, «sus clásicos» como le gustaba llamarlos: Góngora, Juan Manuel, Valle..., entre muchos otros, en aparente desorden, y su libro favorito: una edición de «La Celestina» del dieciocho que había heredado de su madrina. Seguían allí sus cuadros: aquel retrato que le hizo Macarrón en una de sus visitas a Madrid; sus acuarelas del Romeral, los aguafuertes de Monzó... junto a la ventana, ocupando toda la pared, el armario entreabierto. Con sólo tocarla, la puerta cedió suavemente, dejando a la vista las ropas de la abuela. De niña sentía una gran fascinación por el contenido de ese mueble. La abuela me mostraba sus trajes de noche, sus estolas, sus mantones de Manila... Me gustaban especialmente los abanicos de marfil, que guardaba en preciosas cajas rectangulares de laca china, con sus iniciales C.R.A. grabadas en el centro. Aquellos abanicos se los regaló a mamá en su último aniversario. Mamá siempre los miró con ojos de rapaz, y la abuela lo sabía. Ahora estaban metidos en unas horribles abaniqueras doradas, colocados en el salón de nuestra casa. Mamá se sentía orgullosa por ello.

El sol se reflejaba en los prismas de roca de la araña de La Granja. Todo seguía allí, como si nada le hubiera sucedido a su dueña; como si en aquella atmósfera, que aún conservaba su olor fidelísimo a «Je Reviens», se embalsamaran los recuerdos y la vida.

Permanecí sentada un momento, sobre la colcha de damasco de seda verde, y me di cuenta de que en la mesilla de noche, alguien había dejado sus pendientes de perlas y su alianza. Como en un hurto, cogí el anillo y furtivamente lo coloqué en mi dedo anular. Entonces comprendí que algo irreparable había ocurrido.

Salí a cambiarme. Mamá nos avisó de que el duelo se despediría a las nueve. Participé en los preparativos, pero no fui al cementerio, desobedeciendo otra sugerencia de mi padre. No podía soportarlo más: estaba agotada, al límite de mis fuerzas, pero no pude descansar.

Despedí a la abuela como ella solía despedirme a mí al finalizar el verano: en el umbral de la puerta, en silencio.

Después, cuando me quedé sola en la casa, cerré los ojos y recordé aquel tiempo en el que todo era estable, seguro. Aquellas charlas interminables con la abuela. Su gesto, su cara, sus manos. Fui consciente de la felicidad pasada. Rompí a llorar como nunca lo había hecho hasta entonces. Salí al campo, buscando en un cansancio sobreañadido, el anestésico a mi dolor. Infantilmente, pensé que durmiendo después, todo aquello pasaría.

Regresé entrada la tarde. Llovía insistentemente. Entré a la casa empapada, sintiendo una mezcla de frío, cansancio, impotencia y dolor. Y miedo, miedo porque algo interior me decía

que con la abuela se iba una parte de mí que hasta entonces me pertenecía y me hacía sentir feliz.

Subí a mi habitación. Recostada en el sillón, cogí el libro de Caballero Bonald, que sabía, ¡oh Dios!, que nunca terminaría de leer.



Adrian 90

'BLAU I ROIG'

RAFAEL HERNÁNDEZ STARK

Dicen que nací hace 25 años en Dusseldorf, aunque he pasado la mayor parte de mi vida en España. En la Universidad aseguran que he estudiado Medicina. Yo no les creo pero ellos insisten e incluso me han dado un título que yo me he encargado de esconder para que nadie piense mal de mí.

Me gano la vida, o me procuro sustento (queda más fino), trabajando como diseñador infográfico en una empresa alicantina, haciendo imagen sintética para spots publicitarios, cabeceras de programas televisivos, etc. Sólo me he presentado a este concurso literario (soy reticente a hacerlo) y de mi breve currículum literario, los relatos que más me gustan de todos los que he escrito son: «Introspección», «Negro como el carbón», «La niña del vestido azul», «Slurp», «Plegamientos», «Juancho bocasucia», «Menos que humano» y «Nonavidad». También he escrito el guión del cómic «Dulce venganza», que está siendo dibujado por la ilustradora M.^a José Rielo y cometí el error de escribir una novela cuando tenía 20 años titulada «2385: Poder», que es sencillamente horrenda. Espero que alguna vez haya mejorado lo suficiente como escritor para volver a intentarlo.

LA NIÑITA DEL VESTIDO AZUL

S Rafael Hernández Stark



ON las doce del mediodía cuando sale de casa la niñita del vestido azul, de mirada dulce y pelo recogido en dos pequeñas coletas. Sus diminutos zapatitos relucen a cada paso bajo el sol. Ni siquiera el polvo osa manchar esos immaculados zapatitos de negro charol, esos zapatitos que más que pisar flotan sobre la calzada en dirección al parque.

Una sonrisa complaciente, de labios prietos, adorna el rostro pecoso y de nariz respingona de la niñita del vestido azul. La algara-bía del resto de los niños, incitándola con su griterío a participar en los juegos, no consigue apartarla del camino, elegido con una determinación impropia de su edad. Se detiene bajo el frondoso ficus de hoja ancha que proporciona una agradable sombra a estas horas y que además está plantado junto al riachuelo, en una zona poco frecuentada del parque. No le importa esperar. La niñita de acuosos ojos sabe que antes de que tenga tiempo para aburrirse alguien vendrá por el sendero, siempre acontece así. Sus delicadas manitas hurgan en dos amplios bolsillos que adornan el vestido azul en busca de la moneda que suele emplear.

Ya se aproxima, ya distingue su figura recortada contra el verde. Anda con pasos cortos en espacio y largos en tiempo, por lo que ha de ser un anciano, ¡estupendo! Prefiere a los viejos; son encantadores, con sus rostros bonachones marcados por incontables arrugas, sus ojos casi velados, y sus movimientos torpes e imprecisos. Los ancianos se parecen tanto a los demás niños..., pero son de mayor tamaño y mucho, mucho más agradables.

Ante la proximidad del anciano la niñita arroja la moneda al centro del sendero. Mira a la moneda, que ha ido a caer junto a un guijarro, y con un grito desgarrador, a modo de prefacio, comienza a llorar desesperadamente.

El anciano levanta sus ojos y los posa sobre la niña. Se acerca a ella con ánimo de ayudarla; a su bondad propia se le une aquella que suele ser innata en la mayoría de los viejos y que se adquiere sólo con la edad.

La niñita, a pesar del evidente intento del anciano por socorrerla, no cesa en sus chillidos y sollozos. El anciano la inquiere, a lo que ella responde con un incremento en el tono y frecuencia de su llanto, sólo entrecortado por patéticos gritos, a la vez que señala el sendero.

En gesto de buena voluntad dirige sus casi inoperantes ojos al sendero, más por complacer a la niñita que por encontrar la solución a su problema.

El volumen de los gritos de la niñita se incrementa al tiempo que agita nerviosamente su brazo izquierdo contra el vestido azul mientras el derecho vuelve a indicar una y otra vez el centro del sendero.

El anciano, incapaz de soportar por más tiempo el desconsuelo de la niñita, hace un último esfuerzo y se aproxima al centro del camino. Sus ojos siguen sin ver más allá de una nebulosa siena natural salpicada por pequeñas nubes ocreas, pues su tangible miopía se ve empeorada por unas no menos evidentes cataratas. Ya va a desistir cuando un rayo del sol reverbera sobre la moneda. Se inclina para cogerla, más bien pretende inclinarse. Su artrosis se opone a ello, pero él no cede en su empeño, consciente de que sólo con el gesto ya ha conseguido sosegar a la niñita.

No hay lágrimas. Ya no tienen ningún sentido. Han cumplido su misión.

La moneda es por fin alcanzada por la callosa mano que no sujeta el bastón. En una difícil postura de equilibrio, para el que otrora fue estable trípode, el anciano esboza una sonrisa como anticipo de su victoria.

La niñita, que se ha situado junto a él, descarga una patada con todas sus fuerzas al bastón. El viejo pierde el equilibrio y cae al suelo. Todo es tan repentino que ni siquiera tiene tiempo para borrar de su faz la sonrisa antes de que la niña, de un nuevo y certero puntapié, le cercene parte de los labios junto con la mitad de la dentición. Los fragmentos de porcelana de su venerada y nunca poco admirada dentadura se le clavan en la lengua y los carrillos.

Empieza a escupir sangre espumosa, mezclada con saliva, cuando el canto de su mano derecha comprueba lo afilados que están los clavos que conforman la suela de los zapatos de la niña. El lacerante dolor lo deja incapaz de

gritar. La niña sonríe con la certeza de lo aprendido por costumbre. Siempre acontece igual, no consiguen responder. Podría concluir así, pero no sería un final apropiado. Se recrea ante el futuro mientras lo deja recuperarse.

El anciano trata de incorporarse, incrédulo aún sobre el origen de sus dolores. La niñita se sitúa frente a él. El viejo ha conseguido erguirse sobre una rodilla. El bastón yace en el suelo, y la mano que lo empuñaba se esconde buscando protección bajo el sobaco opuesto. Sus ojos est n a la altura de los de la niña, que ha consentido agacharse en cuclillas. Ahora es el anciano el que interpela mudamente a la niñita del vestido azul, que a modo de contestación se incorpora rápidamente, no sin antes interponer en la trayectoria de sus rodillas la mandíbula del viejo. Un seco crujido junto a otro húmedo, y el exhalar compungido de aire, confirman la fractura del hueso y la injuria infligida sobre la lengua. Es increíble lo firme que puede ser la articulación de una niñita de tan delicada apariencia.

El anciano se lleva las dos manos a la boca en gesto reflejo, mientras sofoca un grito de dolor. La niñita patear con toda su energía los inoperantes testículos del anciano. Un fuerte dolor se irradia por todo el bajo vientre del anciano en dirección a los riñones, al tiempo que la incontinencia mancha los calzones largos con una mezcla de orina y sangre. El anciano cae sobre un costado, encogido en posición fetal. La niñita rodea el rechoncho cuerpo que se contrae sobre el sendero y emplazándose a su espalda le propina sendas patadas a la altura de los riñones. Se entretiene también en intentar quebrar

las costillas. Múltiples crujidos, acompañados de lacerantes y desgarradores tirones, anuncian al anciano la rotura de muchos de los huesos que conforman su caja torácica.

Ya no le quedan suficientes manos al anciano para llevarse a los puntos en los que experimenta dolor. Babea por la quebrada comisura de sus labios, incapaz de articular palabra, mientras contempla cómo la niña se planta frente a él. Desde el suelo sólo distingue los zapatitos de charol, con esos calcetines cortos blancos sobresaliendo, y unas pequeñas pero bien formadas piernas.

La niña del vestido azul sonrío mientras hace estallar el globo ocular izquierdo del anciano con una afilada piedra que ha recogido del suelo. Se da prisa entonces, no quiere que se desvanezca antes de acabar el juego. Patea furiosamente la cara del viejo. Una y otra vez sus enfundados pies hacen impacto en el otrora bondadoso rostro, rasgando la piel, amoratando la carne, desgarrando los músculos, macerando los tendones. Al final subsiste un revoltijo sanguinolento de huesos astillados y carne lacrada que a pesar de su aspecto debe seguir denominándose cara.

Aun con el edema fruto de la contusión traqueal, el anciano continúa respirando; entrecortadamente, eso sí. Sus ojos no suplican, el que no ha estallado está amoratado. Sus manos no se agitan implorando auxilio, yacen fracturadas por los saltos que sobre ellas han ejercitado los zapatos de charol. Pero aún respira.

«En fin, nadie es perfecto», piensa la niña del vestido azul mientras se aleja por el sendero en dirección a su casa, agotada y deseosa de los cuidados que le prodigará su madre tras toda una jornada de juegos en el parque.



Ilustración: LUIS TORROBA

ELISA OLAYA TERUEL

Nació en Almansa en 1971. En la actualidad cursa estudios de 1.º de Filología Hispánica en la Universidad de Valencia.

Premios conseguidos:

1985: Premio provincial de cuentos patrocinado por COCA-COLA en Albacete.

1988: Premio por un cuento en la convocatoria «AVENTURA 92», sobre las relaciones entre España e Iberoamérica.

1988-89: 1.º y 2.º premios en el concurso de cuentos «Santo Tomás», del Instituto José Conde García, de Almansa.

L A S N O C H E S D E A M A R A N T A

Elisa Olaya Teruel

«El valor del novelista no es tanto contar una historia nueva como sacar fulgores inéditos de una vieja historia.»

Miguel Delibes

Y



pensé que nunca como en los momentos de alucinación que padecí con aquel maldito opio, había estado tan cerca de conseguir el paraíso. Y sentí cómo lo estaba perdiendo por completo, irremediablemente.

Aquel hombre tenía el encanto de los paisajes tristes, como si una honda capa de soledad bañara su figura, y los ojos eran melancólicos y grises como las tardes metálicas de lluvia.

No es que yo fuese una de esas personas que se impactan con facilidad, pero recuerdo que nada más conocerle supe que ese hombre tan extravagante, con ademanes de superioridad, habría de formar parte de mi vida en algún sentido. Tal vez sólo fuera ese extraño deseo que a veces nos envuelve, ese que parece surgir de la nada, no porque no tenga un origen, sino porque, sencillamente, lo desconocemos. Tal vez fuera el ambiente relajado y cálido de la sala, o el trozo de luna que salpicaba la terraza. Por los ventanales no podía ver es

trellas, la noche había caído silenciosa bajo un cielo opaco.

Llegaba hasta mí el ritmo de una melodía casi imposible, los sonos de flautas conjugando las notas frenéticas bajo el compás de panderos y campanillas. El sonido profundo surgido de cualquier rincón, se iba transformando, poco a poco, en un rumor distante y escurridizo. Estaba como ensoñada, como si la música brotase desde algún punto de mi mente.

Él me hablaba y yo no lograba comprender. Decía algo de Inglaterra, de Venecia, de poemas... Las palabras se abalanzaban y sólo era capaz de percibir el tono pausado y seguro de su voz. Yo asentía, afirmaba complacida su conversación, para mostrar un absoluto interés, para invitarle a continuar aunque todo me resultase incomprensible.

Los ojos se me cerraban y con cierta ingenuidad trataba de adoptar una postura interesante, pero no debía parecer muy sincera. Con los ojos entreabiertos captaba su mirada, su mano, su boca, diluidas, como si todo en él tuviese existencia propia, como si su esencia brotase de los pequeños detalles.

Me desperté en la habitación, tirada sobre la cama con el vestido puesto. Sentía el hastío indescriptible de una resaca. Prometí no volver a fumar opio, ni a beber aquel maldito brandy inglés nunca más, que la noche pasada habría sido la primera y la última, en vista de los resultados. Pero eso lo pensé más tarde, porque al despertarme lo primero que me vino a la cabeza fue el recuerdo de aquel detalle tan raro.

A veces las cosas más evidentes pasan desapercibidas y sólo nos queda el instante. Debió ser en un momento de lucidez porque pasó

a formar parte de esas pequeñeces que acuden a menudo a mi memoria sin una razón especial. Fue su sonrisa, o quizá la frase. Él me dirigió sus ojos grises y sentí un ardor profundo, ácido y un vuelco, como si esa vez mi cuerpo sopesase una terrible carga. Me susurró algo así como: «Las noches de Amaranta...» Despacio, empujando las palabras hacia lo más hondo para que yo no pudiera olvidarlas. Luego lanzó una sonrisa que fue desdibujándose en una mueca irónica. Poco después comenzó el mareo, aquellas estupideces que mi mente sacaba de las pequeñas cosas, hasta que todo se oscureció.

El sol era tan brillante que habría supuesto que serían las doce cuando eran ya casi las cinco. Pasé la tarde sentada en el gran alféizar de la ventana con un libro entre las manos que no podía leer. Me preguntaba cómo iba a reunir el valor suficiente para bajar a cenar.

Desde la ventana podía ver el patio de la casa, rodeado de columnas. Abajo, las paredes encaladas tenían los zócalos repletos de azulejos tricolores en verde, rojo y azul. Al frente y a los lados, aparecían las ventanas de las demás estancias, abiertas de par en par, en las que sólo lograba percibir los vanos oscurecidos por las sombras. En lo alto, descubría el cielo claro y allá, a lo lejos, me imaginaba todo un conglomerado de cielo y tierra, tierra y cielo. La ciudad era un hervidero blanco y marrón, un puñado de arena y cal, como si hubiese sido arrojado al azar en aquel lugar insólito, apartado de cualquier símbolo de modernidad.

En el centro del patio, bajo el enladrillado irregular, había una fuente redonda y pequeña. Ni siquiera su chisporroteo constante lograba romper el silencio tan especial que se respiraba. De lejos, llegaba, en un murmullo, la voz

de la calle, y tampoco eso era capaz de turbar el ambiente. Parecía todo tan solitario, tan solemne, que me invadió una serenidad, de pronto, indescriptible.

Y allí estaba yo, invitada en casa de un antiguo amigo de mi primer marido. Fue su único amigo de verdad y por eso, creo yo, tuvo la gentileza de invitarme. En Tetuán.

Yo, después de todo, no era tan firme como la gente parecía verme. Reconozco que me casé con Pedro Figueira porque estaba segura de que sólo él podría ofrecerme un porvenir seguro. No tardé mucho tiempo en darme cuenta de que le odiaba. Odiaba su risa socarrona, su presunción, las fiestas tan "importantes" que celebrábamos en Coimbra, que era donde pasábamos la mayor parte del año. Los veranos íbamos a Lisboa y Figueira se contentaba con imaginarse que era feliz, que se sentía tan joven como yo, pese a que eran veintidós años más lo que él tenía. Siempre me decía:

«Amaranta, estoy mejor que nunca, aunque no lo creas.» Y es que, efectivamente, yo nunca lo creía. Puede que ahí estuviese su gran error: haber sido un hipócrita hasta consigo mismo.

Cuando murió me legó la mayor parte de su fortuna y la casa de Coimbra porque no tenía ningún pariente cercano, aunque destinó una pequeña parte a unas monjas a las que no conoció nunca.

La primera noche después de su muerte, me llenó una extraña sensación. Hasta entonces aquello de morir me parecía lejano, como si les sucediese siempre a otros. Entonces, lo sentí tan cerca... Antes de quedarme dormida pensé que

yo era la persona más egoísta del mundo, porque no lo sentía por él, lo sentía por mí, por mí y sólo por mí, porque también yo, tarde o temprano, habría de morirme.

Mi segundo marido también fue portugués. Lo conocí uno de esos veranos en que yo iba por Lisboa de viuda alegre. Me encantaba salir a la playa y sentir el aroma del mar, tan cautivador y la brisa salada y el sol encendiéndome el rostro. A los cuatro meses se anuló nuestro matrimonio. Lo cierto es que eso, lejos de ser una desgracia, fue casi un alivio porque los dos pronto nos dimos cuenta de que lo nuestro había sido tan precipitado como caduco. Yo me marché de nuevo a Coimbra, como si aquel segundo matrimonio no hubiese sido más que una anécdota. En abril de 1815, hace dos años, recibí una carta suya en la que me decía que se había vuelto a casar con una muchacha tontorróna de lo más vulgar que cubría bien toda sus necesidades.

Estaba en Tetuán desde hacía tres días pero apenas había tenido tiempo de fijarme en su paisaje, bordeado de huertos que fertilizaba el Martil. El río era un auténtico milagro natural, desafiando al calor irritante. Me había fijado también en las murallas que ceñían la ciudad, aunque lo que verdaderamente me llamó la atención fue la gran cantidad de arcos que la componían. Ellos solos formaban el espíritu mismo de Tetuán.

Me sentía tan avergonzada por lo sucedido la noche anterior que rehusé bajar a cenar, tener que enfrentarme con las miradas irónicas del anfitrión y otros tres invitados. Ya los vería

al día siguiente. Una muchacha me subió la cena, una especie de tarta hojaldrada rellena de pescado y almendras y una taza de té a la menta.

Después de cenar, me senté en el mármol blanco de la ventana. Supongo que siempre ha sido una manía, pero me gustaba asomarme a la ventana por la noche y perderme entre el cielo mientras pensaba.

La noche ofrece su silencio y su magia, envuelta en el misterio que despierta los más íntimos sentimientos.

Y comencé a pensar en él, en su conversación que el opio me impedía comprender. Si no hubiese estado versada en literatura no le hubiera leído, pero tratándose de un escritor tan famoso, era imposible no haber oído hablar de él, al menos.

Yo sabía algo de sus excentricidades, o del melancolismo consustancial a su personalidad, o de su sarcasmo ácido, o de su fama donjuanesca. Probablemente el mundo reía sus aventuras y rareza, pero yo me preguntaba si no sería eso una excusa y si no sería él quien se estaba riendo del mundo.

Creo que nadie pudo conocerle realmente en el viaje de Tetuán. Hasta a mí misma, que intenté comprenderle, me resulta a veces un desconocido. Puede que ahí estuviese su esencia, en ese caos indefinible que tenía su persona, que llenaba de matices su forma de ser y lo hacía un hombre tan complicado.

Él era como la noche, un compendio de misterio y deseos, oscuro y complejo; en ambos todo era posible, un aire extraño y gélido los acompañaba.

Llevaba un buen rato en la ventana cuando descubrí el resplandor de una lámpara de gas en la habitación de enfrente, que como yo, no tenía echadas las cortinas. Le vi. Tan peculiar, observándome, y aunque no los distinguiese por la distancia, intuía sus ojos claros tras el cristal.

Sentí cierto nerviosismo al verle. Por primera vez tenía conciencia de que había asaltado mi intimidad, de que durante tres noches me había estado observando desde su ventana sin que yo me hubiese percatado.

El susurro que tanto me había sorprendido la noche anterior me envolvió. Las noches de Amaranta. Comencé a pensar que aquello era una invitación. Le miré de nuevo y descubrí su sonrisa. Me había impresionado, aunque sólo recordaba sus ojos grises y su voz profunda, aquel presuntuoso de Lord Byron.

Entonces, y sólo entonces, comprendí que ya nunca podría olvidarle.



CARMEN GARCÍA BELLVER

He cultivado distintos estilos literarios, desde la novela al periodismo, pasando por el cuento, poesía, conferencias, etc.

Hasta la fecha tiene publicados los siguientes libros:

NOVELA: «Huyendo del pasado», que obtuvo el premio «Ateneo de Valladolid»; «La sangre inútil», finalista del «Planeta», y «Antes del amanecer». Además tiene en su haber cuatro novelas infantiles y con su segunda novela, «Como el humo», inédita, fue finalista en el «Ciudad de Sevilla».

POESÍA: «El silencio acosado», premio «Parera Cort» del Ayuntamiento de Alcoy; «Generación sin presente»; «Romance de cielo y agua», premio «Semana Naval de Almería»; además de conseguir el «Premio de la Hispanidad», en Puerto de Santa María; el «Azahar» en Orihuela; el premio de la Asociación de la Prensa de Murcia o el «Ciudad de Cartagena» con el libro «Paisaje de existencia», inédito.

CUENTO: «El hombre callado», premio «Hucha de Plata» y otros muchos premiados y publicados en distintas revistas y periódicos, destacando el «Editorial Mateu», de Barcelona.

ENSAYO: Ha obtenido dos veces el «Juan Valera», que sirvieron de base a un ciclo de conferencias.

En total ha obtenido 62 premios en distintas modalidades literarias.

EL VELATORIO DE CECILIO

Carmen García Bellver

A



QUELLO fue lo más importante en el pueblo desde la muerte del tío Leoncio «El Asomao», precisamente suegro del Cecilio, ocurrida cuatro años antes. En el velatorio de Cecilio, que no era viejo como Leoncio sino cuarentón y de buen ver, se congregó todo el contorno sin distingos sociales.

El cortijo de Los Asomaos, o el «Cuatro L», como le había dado por llamarlo a la gente, era grande, empleaba muchos braceros y daba buenas cosechas. Cecilio, que entró de chiquillo, creció al lado del dueño y de sus hijas —las «Cuatro L»: Leoncia, Loreto, Luisa y Lola— y pronto se vio lo trabajador y formal que era, lo ocurrente, lo agradable, lo dispuesto... Apenas salía del cortijo, siempre pegado a las muchachas, a punto de prestar cualquier servicio y ahorrar trabajo al viejo. Éste comentaba frecuentemente en el casino de labradores que bien podía casarse el Cecilio con alguna de sus hijas para que él cerrara los ojos tranquilo. Y ocurrió así, sólo que el muchacho se saltó un turno y en lugar de casarse con la brava Leoncia, que era la mayor y la que todos le adjudicaban, lo hizo con Loreto, la segunda, más menuda y ojizarca.

¡Cómo lloraba la pobre viuda en el velatorio de Cecilio! Y todos la comprendían de sobra. No se encontraban ya hombres como él, tan cabales, tan listos, tan buenas personas... Loreto recordaba otras prendas particulares del difunto y no hallaba consuelo. Las comadres ponderaban:

—Y siempre metido en el cortijo, siempre a lo suyo.

La viuda corroboraba:

—Sólo traspasaba los linderos para las cosas precisas: las compras, las cosechas, los jornaleros...

—Tampoco vosotras ibais mucho por el pueblo —un mozo le comentaba a Lola—. ¡Apenas si bajabais a misa los domingos!

La pequeña miró al muerto y se restregó los ojos. Después se dirigió a Luisa, su gemela:

—¿Verdad que estábamos bien aquí solas? ¿Verdad que no echábamos nada de menos?

—Verdad. Nosotras somos muy nuestras y no necesitábamos a nadie.

—¿Y no pensabais en hombres, vamos, en casaros? —se atrevió a preguntar el mozo—. Sois bonitas y jóvenes, y la juventud, ya se sabe.

—¿Qué se sabe? —cortó Lola—. ¡Nada! Cada uno entiende su vida y a los demás no les importa. —Volvió a sollozar con más brío.

—Bueno, mujer, no te enfades. Era..., pues eso, hablar por no callar.

Leoncia, entretanto, repartía café con leche y una criada había dejado una canasta de pan de aceite sobre la mesa pequeña. De ella irían tomando bollos los asistentes para pasar la noche menos desconsolados, así como copitas de anís. Era la costumbre.

A medida que pasaban las horas, la velada transcurría agobiante, sin tregua ni respiro. En otras ocasiones semejantes un aire de resignación iba oreando las actitudes y los ánimos se calmaban en ciertos momentos, aunque al aproximarse la hora del entierro arreciasen los lloros y las lamentaciones; pero en el velatorio de Cecilio no había pausa entre llanto y llanto, no cabía otra cosa que considerar la desgracia. No solamente la viuda, sino las cuñadas, la gente del cortijo, las mujeres del pueblo, estaban contagiadas de tanta tristeza y hasta a los hombres les faltaba valor para contar los habituales chistes o historietas sabrosas, como ocurría en otros velatorios, manteniendo entre todos la hoguera del dolor y los suspiros.

El comedor-cocina, la entrada y el porche estaban atestados de amigos, parientes y conocidos que hablaban en voz baja, mientras el pobre Cecilio, con su traje de boda azul marino, reposaba en una sala baja solo pero bien visible, entre cirios y ramos de flores. De vez en cuando, alguna mujer se levantaba, echaba un vistazo y hacía su comentario:

—¡Qué natural está! Parece dormido. ¡Y qué guapo!

—Es que el Cecilio era un real mozo...

—Parece que está descansando. Y como no sufrió...

Leoncia gruñía. Qué sabrán estas lagartas de cómo dormía o descansaba el Cecilio. ¡Ay, qué amargura!

El cabo de la Guardia Civil, que era nuevo en el pueblo, preguntaba:

—¿Y por qué llaman a este cortijo Los Asomaos?

—Pues verá usted. Eso viene de largo. De cuando los franceses, ¿verdad, tío Pedro?

—Éste, que era bastante viejo, se aproximó al grupo del cabo, afirmando:

—Sí, señor. Cuentan que como la casa domina el llano, vamos, el vuelco del cerrete por donde se llega al pueblo, pues siempre había alguien de esta familia haciendo guardia por si se acercaban los gabachos avisar a todos. Así que desde entonces los conocemos por Los Asomaos, pero sin ánimo de ofender.

—Ya lo supongo —dijo el cabo. Resulta curioso. ¿Y lo de «Cuatro L»?

—Eso es una ocurrencia tontorróna. Como los nombres de las chicas del cortijo empiezan con esa letra, alguien gastó la broma. Se ve que hizo gracia y se quedó.

—Ya, ya. No está mal del todo.

Lola y Luisa, las gemelas, lloraban a dúo, y de pronto, ésta dio un suspiro tremendo:

—¡Ay, qué pena, cómo nos dejas, Cecilio! Lola le dio un pellizco retorcido en el brazo.

—¡Cállate, so imprudente, que vas a armar un escándalo!

—Es que no puedo resistir verlo ahí quieto, frío, con los ojos cerrados. ¡Pobre Loreto!

—Conque pobre Loreto, ¿eh? No disimules, que yo sé lo tuyo.

Luisa saltó:

—¡Toma, y yo lo tuyo! ¿Qué te creías? ¿Con quién te bañabas en el río cuando ibas a lavar, y qué traje de baño usabas, di? Ya no volverás a hacerlo.

Lola sollozó más fuerte y luego se sonó la nariz.

—Tampoco tú te quedarás los domingos en casa mientras él echaba las cuentas y nosotras íbamos a misa. Yo sé que él te ayudaba a hacer las camas, o mejor a deshacerlas, sin sosiego.

—¡Cállate, Lola, ten más respeto!

—Sí, vamos a callar y a llorar. Es lo que nos toca.

La criada recogía los pañuelos empapados y traía otros limpios y agua de colonia para refrescar la frente de sus amas. El duelo seguía y la noche avanzaba lenta en un clima penoso. Leoncia era la única que de cuando en cuando entraba en la sala del difunto para vigilar las velas o arreglar algo. De paso le increpaba sin voz: «Y te vas así, de pronto, dejándome hecha polvo, después de la faena que me hiciste casándote con Loreto. ¿Qué tuviera ella que yo no tuviera, qué? Menos mal que luego arreglaste las cosas y quedaste como un hombre, ¡y qué hombre, madre mía! Y ahora te largas y ahí queda eso. Esta pasada es la peor que has hecho, grandísimo granuja». Y Leoncia salía llorando a moco tendido.

Loreto explicaba lo ocurrido por enésima vez:

—Nos acostamos como siempre y le dio el dolor al cabo de un rato. Creímos que era de los albaricoques verdes, que le gustaban con locura, y le dimos friegas y paños calientes, pero aquello no se aliviaba. Por la mañana vino el médico, ¡ay, Señor Jesús!, y dijo que no había remedio. Que era una peritonitis, ¿se dice así, Leoncia? Bueno, pues que era eso y ya no tenía operación. ¡Ay, qué dolor más grande! Un hombre tan bueno, tan honrado, tan fiel...

Loreto se retorció en su sillón y las hermanas la miraban sin chistar. Una de las viejas comentó:

—Y sin un par de chiquillos que os alegraran los malos días, sin más consuelo que vosotras mismas.

Leoncia intervino:

—La muerte no respeta a nadie. Llega y toma lo que quiere. Más valdría que hubiera cogido a una de nosotras. Siempre quedaríamos tres y él estaría en casa. Lo que así...

¿Por qué a Loreto aquellas palabras le hicieron daño? ¿Por qué le sonaron a reproche? ¿Quién iba a sentir como ella, su esposa, la falta de Cecilio? Desde luego que lo de los hijos era una pena, y todo por ella, porque necesitaba operarse y los dos habían tenido miedo. Ahora les tocaría a sus hermanas y traer herederos a la finca. Ella ya había cumplido lo mejor que pudo. Su marido siempre decía lo mismo: «Tiempo habrá de zagales, mujer. ¿No estamos bien así? Y le hacía cualquier carantoña o la abrazaba con mimo, alejando la preocupación momentánea; pero el tiempo se les fue de las manos y los hijos no llegaron. Alguien pensaba que Leoncia le hubiera dado al Cecilio cuatro hijos en los cuatro años, porque era tan fuerte como él, tan saludable y tan apasionada, pero el hombre consideró que los dos eran demasiado semejantes y quizá temió a aquel matrimonio que hubiera echado chispas por los cuatro costados. Loreto le ganó la partida a Leoncia por dulce, por sumisa, por aquella debilidad suya más aparente que real, que estaba pidiendo siempre un brazo fuerte en el que apoyarse. El padre comprendió a Cecilio y se

alegró de la boda. Los muchachos serían felices. Sin embargo, le preocupaba la hija mayor. Él sabía por padre y por viejo que ella andaba loca por el Cecilio y eso le desazonó hasta la tumba.

Aquella noche se había terminado todo. El «Cuatro L» quedaba sin conductor y «Las Asomadas» tendrían que resolver solas sus problemas futuros, que no iban a ser pocos.

El barbero, uno de los escasos amigos del muerto, miró su reloj y dijo en tono de excusa:

—Tendré que irme. Son ya las tres y media y necesito dormir un rato, si no, por la mañana voy a degollar a alguno.

El cabo decidió retirarse con él. Después de todo, ya había cumplido de sobra para ser forastero. Se despidieron con toda clase de ofrecimientos y condolencias y tomaron el camino del pueblo a paso tranquilo. La noche era fresca pero había ya barruntos de verano. El cabo quiso averiguar algo.

—Oiga, maestro, ¿y cómo es que el difunto, tan puesto él, no se casó con la hermana mayor, tan buena moza? Yo creo que es la más guapa de todas.

—Sí que lo es, pero la Leoncia es una cuchara de mucho cazo, y la Loreto, un tenedor fino que cala más hondo. El Cecilio lo entendió bien. ¡Era muy largo!

—¡Y hay que ver cómo le lloran y qué tristeza reina en esa casa! Es algo tremendo.

—Sí, señor, sí. Eran como hermanos. Toda la vida juntos.

—Pero, caramba, maestro, ¿es que parece que deja cuatro viudas!

El barbero clavó los ojos en el camino sin saber qué contestar. Era una idea extraña la del cabo, pero parecía tan lógica al ver el dolor de las muchachas...

Se les unieron otros dos hombres que regresaban también del velatorio y la conversación se hizo general. En un cortijo cercano cantó un gallo y hubo un parpadeo de pálidas estrellas despidiéndose del Cecilio en su última madrugada.

ÍNDICE DE CUENTOS SELECCIONADOS

1.ª edición

VIRGO POTENS	9
LA MUERTE RONCA	19

2.ª edición

VIDA, MUERTE Y MILAGROS DE SERAFÍN Y SU PISTOLA	35
LAS ALARMAS	43

3.ª edición

LAS MAREAS DEL PINO	57
LA CARPETA DE TORRENTE	67

4.ª edición

EL MÉDICO ANDORAIN	77
TU AMANTE HERMANO	89

5.ª edición

LA AUSENCIA	97
-------------------	----

6.ª edición

LA NIÑITA DEL VESTIDO AZUL	107
LAS NOCHES DE AMARANTA	115
EL VELATORIO DE CECILIO	125

El premio de cuentos «Príncipe de Asturias, 40» alcanza este año de 1990 la sexta edición. Ha sido el momento elegido por organizador y patrocinador —Casa de Cultura y Ayuntamiento de Elda— para reunir en un mismo volumen los cuentos ganadores hasta la presente edición cumpliendo con ello el objetivo principal del certamen, que no es otro que el descubrimiento y la difusión de buenos narradores en el ámbito de la Comunidad Valenciana, sin olvidar un premio específico para los trabajos remitidos desde Elda. Y para que la publicación de los cuentos resultara más vistosa, se ha conseguido la colaboración con sus ilustraciones, de diferentes artistas locales.